



Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del Octavo Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



IEDF
INSTITUTO ECLESIASTICO
DEL DISTRITO FEDERAL

15
años
CONSTRUYENDO
COMUNIDAD



**CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL
DEL DISTRITO FEDERAL**

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda

Consejeras y consejeros electorales: Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Carlos González Martínez
Olga González Martínez
Pablo César Lezama Barreda
Dania Paola Ravel Cuevas
Gabriela Williams Salazar

Secretario Ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: Juan Dueñas Morales

Suplente: Elsy Lilian Romero Contreras

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: René Muñoz Vázquez

Suplente: Aarón Jiménez Paz

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: Rigoberto Avila Ordóñez

Suplente: José Antonio Alemán García

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: Ernesto Villarreal Cantú

Suplente: Óscar Francisco Coronado Pastrana

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietaria: Zuly Feria Valencia

Suplente: Yuri Pavón Romero

MOVIMIENTO CIUDADANO

Propietario: Armando de Jesús Levy Aguirre

Suplente: Hugo Mauricio Calderón Arriaga

NUEVA ALIANZA

Propietaria: Herandeny Sánchez Saucedo

Suplente: José Alejandro Pardavé Espinosa

MORENA

Propietario: Froylán Yescas Cedillo

PARTIDO HUMANISTA

Propietaria: Lucerito del Pilar Márquez Franco

Suplente: René Cervera Galán

ENCUENTRO SOCIAL

Propietario: José René Rivas Valladares

Suplente: Humberto Gutiérrez Mejía

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del Octavo Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



COMISIÓN DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CAPACITACIÓN

Presidenta

Consejera electoral Mariana Calderón Aramburu

Integrantes

Consejera electoral Martha Laura Almaraz Domínguez

Consejera electoral Noemí Luján Ponce

Representantes de los partidos políticos

Partido Acción Nacional: Juan Dueñas Morales (propietario), Elsy Lilian Romero Contreras (suplente) • Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez (propietario), Víctor Manuel Camarena Meixueiro (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: Rigoberto Ávila Ordoñez (propietario), José Antonio Alemán García (suplente) • Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú (propietario), Óscar Francisco Coronado Pastrana (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: Zuly Fera Valencia (propietaria), Yuri Pavón Romero (suplente) • Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre (propietario), Hugo Mauricio Calderón Arriaga (suplente) • Nueva Alianza: Herandeny Sánchez Saucedo (propietaria), José Alejandro Pardavé Espinosa (suplente)

Publicación aprobada por la Comisión de Educación Cívica y Capacitación en su segunda sesión ordinaria, celebrada el 25 de septiembre de 2014.

Dirección Ejecutiva de Educación Cívica y Capacitación

Raúl Ricardo Zúñiga Silva, director ejecutivo

Coordinación y organización del 8º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento: Verónica Tapia Corona, subdirectora de Difusión • Maribel Pérez López, jefa del Departamento de Difusión • Fay Medina Corona, jefe del Departamento de Fomento a la Cultura Democrática • Daniel Torres Álvarez, analista diseñador • Pedro Piedras Hernández, auxiliar de servicios

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Diseño y formación: Xavier Aguilar, jefe del Departamento de Diseño y Edición

Ilustración: Natalia Susana Gurovich Pinto

Corrección de estilo: Susana Garaiz, analista correctora de estilo

Autores

Jessica Zuném Acevedo Méndez, "Mi ciudad, ¿verde o gris?" • Priscila Vianey Ledezma Gallegos, "La rosa dorada" • Frida Fernanda Sosa Martínez, "Si pudiéramos volar, nos iríamos juntos a darte las gracias" • Carla Angélica Valencia Mota, "Los sueños empiezan ahora" • Damian Vargas Salazar, "El búnker" • Edson Altaír Veleros de la Luz, "Mi ciudad ¿verde o gris?"

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D. F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2014

ISBN: 978-607-8396-43-6

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica 978-607-8396-46-7

Índice

Segunda categoría
(De 12 a 14 años)

**Si pudiéramos volar, nos iríamos
juntos a darte las gracias7**
Frida Fernanda Sosa Martínez

Los sueños empiezan ahora..... 29
Carla Angélica Valencia Mota

El búnker.....43
Damian Vargas Salazar

Tercera categoría
(De 15 a 17 años)

Mi ciudad ¿verde o gris?.....57
Edson Altaír Veleros de la Luz

Mi ciudad, ¿verde o gris?.....69
Jessica Zuném Acevedo Méndez

La rosa dorada.....77
Priscila Vianey Ledezma Gallegos



Si pudiéramos volar, nos iríamos juntos a darte las gracias

Yo nunca soñé con mi fiesta de quince años, jamás quise ponerme un vestido largo y lindo, no me gusta que personas me vean bailar. Mi mamá quería para mí una gran fiesta de "XV Años"; no compartía ese sentimiento de parte de mi madre. Pero una persona especial me enseñará a valorar eso, ya que ella en un mes los cumplirá, en un mes tendrá que casarse con alguien mayor que ella. Donde vive es una pesadilla, pero ahora todo se volverá un infierno, ella vive en Siria.

Frida Fernanda Sosa Martínez
Segunda categoría • Primer lugar



Nunca creí que alguien me podría causar tal dolor...

¿Qué pasa cuando cumplimos quince años? Siempre ignoré ese aspecto de la vida, nunca me llamó la atención, como a las demás, jamás tuve ese deseo de tener una fiesta de quince años maravillosa. Me importaba seguir disfrutando las clases y el receso con mis amigas y amigos, seguir disfrutando el hacer ejercicio, viendo *anime*, hacer poemas, leer hermosos versos y extraordinarios cuentos y poemas tenebrosos de Edgar Allan Poe, y obviamente la escuela. A decir verdad no me importaba que cumpliera quince el próximo año, para mí era un cumpleaños más, algo que cada año pasa. Pero de repente, ellos lo cambiaron todo.

Un día mi mamá nos dijo a mi papá y a mí:

—El próximo año Fernanda cumple quince años, ¿qué vamos a hacer?

Mi papá y yo contestamos, al mismo tiempo que él veía la tele y yo estaba en mi celular en las redes sociales:

—Nada —decíamos.

—¿Seguros? —nos preguntaba mi mamá, y nosotros sólo asentíamos y seguíamos apartados del mundo, en el entretenimiento.

—¡Ashh, está bien! —contestaba mi mamá mientras yo compartía fotos como loca. Me llegó la invitación de amistad de una chica que tenía su nombre con letras mayúsculas: DEATH MASTER. Yo sin más la acepté y seguí. Un rato después ya no sabía qué hacer, vi quién estaba conectad@ y estaba esa persona, le escribí diciendo un clásico “Hola”, y al momento contestó con una clase de

jeroglíficos. Copié, abrí un traductor, lo puse en “Detectar idioma” y pegué ese documento, y me había puesto “Hola” en árabe, y con el mismo traductor escribí un “¿Cómo estás?”. Una vez dada la respuesta lo copié y lo envié (y así fue todo el tiempo).

—Bien, ¿y tú? —me contestó.

—Bien, gracias, ¿qué haces? —le pregunté.

—Nada, y ¿tú? —me escribió.

—Pues chateo contigo —le puse.

—¡Wow! qué coincidencia, yo también —contestó.

—Ja ja ja, eso sí es bueno, ¿cómo te llamas? No creo que seas DEATH MASTER —y me acomodé, me enderecé (ya que mi mamá me dijo), ella empezó a escribir (según el celular).

—Me llamo Janaan, significa corazón con la esperanza del alma, ¿tú? —se me hizo un poco raro el nombre.

—Yo me llamo Fernanda, significa fortaleza, creo —y esperé la respuesta.

—Qué lindo nombre —me contestó, solté una sonrisa y escribí.

—Je je je, gracias, igual el tuyo. ¿De dónde eres, Janaan? —esperé y tardó un buen rato en contestar, hasta pensé que le había puesto alguna ofensa, pero sí contestó:

—Soy... de Siria, y ¿tú? —al leer eso sentí un vacío en el estómago, un nudo en la garganta y un escalofrío, pero le contesté:

—Yo soy de México —y otra vez me encorvé y me senté de modo que casi me acosté en la silla.

—Y tienes ¿cuántos años? —y contenta le contesté.

—Trece, pero en noviembre cumpla catorce y el próximo año, quince. Y ¿tú? —mi mamá me volvió a regañar y me acomodé—

—Tengo catorce, en un mes cumpla quince años —yo, molesta por lo que mi mamá me dijo, le contesté.

—Una muy especial edad —y esperé respuesta e igual se tardó un poco.

—Sí... bueno, hamm, yo no quisiera que se hiciera nada de lo acostumbrado cuando tenga quince, simplemente quiero continuar mi vida —con esas palabras me identifiqué con ella, alegre le contesté:

—Qué coincidencia, yo también, sólo es un cumpleaños más y ya —entonces mi papá me dijo que ya me fuera a lavar los dientes y la cara para ir a dormir. Me levanté, guardé el celular en la bolsa de mi pantalón, caminé hasta el baño, le puse seguro a la puerta, bajé la tapadera de la taza (del baño), me senté en ella, me puse cómoda, saqué mi celular y lo prendí, ella ya me había contestado.

—Exacto, no se necesita hacer nada de lo que se hace habitualmente, pero pues no soy nadie para decirle que no a mis padres ni a nuestras tradiciones, y pues, ya ni al caso, tendré que aguantarme —leí eso y me molesté un poco.

—¿Cómo que no eres nadie? Eres su hija, tendrían que respetar tu decisión, yo ya le he dicho a mi mamá que no quiero una fiesta de quince años y está de acuerdo, ¿por qué no lo intentas? —le escribí entusiasmada y con una sonrisa ligera en mi cara.

—¿Por qué no intento qué? —preguntó ella. Rápido contesté porque oí pasos que iban hacia el baño.

—Decirles a tus padres que no quieres hacer lo tradicional en tu fiesta, es más, diles que no quieres fiesta de quince años —rápido agarré el celular y lo apagué, lo guardé en mi bolsa, me levanté, me puse frente al lavamanos, abrí una de las llaves y me mojé la cara. Abrí la puerta, jalé la toalla que estaba encima de la ventana de la puerta, me sequé y cuando miré al frente estaba mi papá, y le dije:

—Perdón por tardarme tanto —él me vio y pensé que se había dado cuenta, pero me dijo:

—Ya vete a dormir —sentí un alivio. Le di un beso de buenas noches, entré a la casa e igual le di un beso a mi mamá.

Al entrar a mi cuarto, está a un costado mi ropero, y en él tres pósters gigantes, y en la parte de la pared de al lado unos recortes y pósters de *anime*, pero más pequeños, cartas, dibujos de mis amig@s, daba la vuelta para no chocar y entrar. Arriba del respaldo de mi cama están mis pósters favoritos, dos que yo me compré y el otro que me lo regaló mi hermana, todas las paredes estaban rayadas con versos, pequeños poemas que había creado, frases lindas y hermosas de personajes de *anime* o de libros, varios pósters de *anime*, y en la pared que daba a un lado de la cama yo le llamaba lo mejor de mi vida y ahí estaban escritos varios nombres, todas las personas que son importantes y especiales para mí, y en esa misma había varios nombres rayados. Las almohadas estaban acomodadas de modo que se vieran lindas, las más grandes recargadas en el respaldo de la cama, otras como base, son para poner unas más gran-

des de mi personaje favorito de *anime*, a un lado está un perro San Bernardo (de peluche) y arriba tenía una de *anime* igual. Tomé cada una y las tiré en el espacio que daba entre mi ropero y la cama, las dejé todas ahí arrinconadas, excepto las dos almohadas grandes, ya que con ellas dormía.

Corrí las cobijas, puse las almohadas abajo del respaldo y volteé a ver mi tocador. Estaba cubierto el espejo igual por pósters, y en lo que era el escritorio tenía unas bocinas y cosas para el cabello. Me puse mi pijama, fui a apagar la luz y justo al lado del interruptor estaban tres pósters tamaño carta de más *anime*. Apagué la luz, me quité los lentes y los acomodé, saqué el celular de mi suéter, me acosté, me tapé y miré a mi techo con demasiados pósters, me volteé de lado ya que sentía que mantenían una mirada fija en mí, aunque obviamente no tenían vida. Y me puse otra vez a contestarle a Janaan, y ya tenía su respuesta.

—Tal vez en tu país sea fácil, pero en el mío, no. Aquí, bueno, es muy complicada toda esa situación de los quince años. Aparte yo amo a alguien más, y con él sí quiero pasar el resto de mi vida.

No tenía idea de en qué se relacionaba eso con los quince, yo igual amaba a alguien y quería pasar el resto de mi vida con él, pero tener quince no me lo impedía. Ya tenía sueño y me despedí.

—Janaan, tengo que ir a dormir, ya es muy tarde y tengo sueño, descansa, luego hablamos ¿de acuerdo? —me empecé a acomodar y me contestó.

—¿Te vas a dormir tan temprano?

—Tú estás en el continente de Asia, allá está amaneciendo.

ciendo o es de día, acá en América es de noche –acomodé el teléfono debajo de mi almohada y cerré los ojos, sentí cómo algo vibró, abrí los ojos y saqué el celular, lo prendí y ya me había escrito.

—Ok, cuídate mucho, descansa y sueña muy lindo –al leer eso me encariñé tan rápido con ella y la consideré alguien importante en mi vida, y le respondí:

—Gracias, Janaan, me conecto mañana a la misma hora, así que hablamos luego ;) –y ahora sí me dormí...

Soñé con mis dos hermanas, Fedris y Grettel. Ellas hacían mi vida más feliz y divertida, ellas eran como algunas chicas les dicen a sus novios, pero yo le digo así a mis hermanas: ellas son mi todo. Grettel era de catorce años, Fedra de trece, igual que yo.

A ellas dos las quería más que al *anime*, *manga*, Hina-ta, Neji, videojuegos, música, chocolates y *kunoichis*. Con ellas yo me sentía la persona más afortunada del mundo. En fin, el sueño fue que estábamos las tres en un campo lleno de flores, estábamos en pijama, sentadas, nos estábamos riendo incontrolablemente, pero justo atrás de Grettel, que estaba enfrente de mí, vi cómo a lo lejos algo se quemaba, se lograban ver las llamas. Entonces, mientras ellas seguían riendo, yo me puse seria y me levanté, empecé a caminar hacia allá, seguí caminando y al llegar a esa parte las llamas y las flores no se juntaban, y vi a una chica medio morena, de ojos café claro, con un tanto raro pero lindo vestido, y me extendió la mano, yo pasé mi mano a la parte en llamas y tomé la suya, me dijo:

—*Tasuketeru onegai...* –y entonces la jalé hacia a mí,

y ella me abrazó y de repente sentía una tristeza inmensa y yo también la abracé y empecé a llorar, pero me di cuenta de que seguíamos en las llamas. En ese momento me empujó y caí en el campo de flores y ella se fue corriendo a las llamas. Yo seguía derramando lágrimas... Me desperté y lo único que se veía brillar era la luz que traspasaba mi ventana, que estaba un poco alejada de mi cama. Por instinto me toqué la frente y estaba sudando, me destapé y después tenté mis mejillas, estaban un poco mojadas, creo que ese sueño sí me afectó. Le tomé un sentimiento de cariño a esa extraña chica que lloraba, pero... ¿quién era?, y recordé esas palabras, las únicas que me dijo "*Tasuketeru onegai*"... eso en japonés era "Sálvame, por favor". A una amiga mía le gustaba mucho decir el significado de los sueños, de hecho me había dado un libro para saberlo, y me levanté, caminé hacia mi ropero y lo busqué con la poca luz que salía de la ventana. Saqué el libro de un pequeño espacio donde tengo mis libros, cuadernos y más cosas de literatura o escritura, me acerqué a la ventana para ver y buscar el significado de algo, encontré en el índice "Las flores y las llamas en dos personas página 230" y al encontrar la página leí: "La persona que está en las llamas necesita ayuda urgente, si no morirá quemada, la persona que está en las flores es la única que puede ayudarle, pero si la persona de las flores se acerca y la lleva a su lado y la persona deja las llamas atrás y se une a la parte de flores significa que puede ser salvada, pero si la persona de las flores intenta jalarla y se une con esa persona al fuego significa que

saldrá perjudicada”. Al terminar de leer cerré el libro, lo dejé en mi tocador y me volví a acostar sin cobijas, ya que tenía mucho calor. Concilié el sueño, pero la verdad no me acuerdo qué cosa fue la que soñé.

Me despertó la alarma de las 5:55 a. m., como siempre, yo me levanté y desayuné cereal, después me arreglé y mi mamá me llevó a la escuela. En los cortes de clase platiqué con Janaan cosas de *anime* y cosas que nos gustan, y le dije:

—Janaan, ¿crees que me podrías enviar una foto donde me enseñes lo linda que eres? —ella lo leyó y en un instante me mandó una foto, ojos cafés como bellotas, piel medio morena como café con leche, cabello castaño claro como las hojas que caen en el otoño, ella era la chica de... mi sueño. Estaba sonriendo y me contestó:

—Ésta me la tomé a escondidas, ya que no dejan que esté sin cubrirme completamente, sólo te he enseñado esta foto a ti —y le respondí:

—Eres hermosa, Janaan, no deberías de cubrirte, tapas toda tu belleza —esperé.

—Gracias, tú igual —lo leí con una sonrisa en el rostro y de repente me salió la pregunta que me daba un poco de curiosidad:

—Janaan... ¿qué pasa cuando cumples quince años, linda? Me da curiosidad —esperé un largo rato, y después entró la maestra Griselda de biología (nuestra tutora, siempre resolvía todos los problemas que teníamos, ella se encargó de que me pagaran el cuaderno que había perdido, me daba consejos y demás cosas grandiosas,

todo el grupo la quería, y aparte yo soy muy buena en esa materia). Mientras nos explicaba el tema de los genes y fenotipos empezaron a sonar varios tonitos de mi celular, que significaban que me estaban mandando mensajes. La maestra sin voltear me dijo:

—Fer, ese celular —sentí un vacío en el estómago y le contesté:

—Perdón, *miss* —ella seguía poniendo ejemplos y me dijo:

—Apágalo, si no te lo quito, ¿de acuerdo? —yo tomé mi celular y mientras lo apagaba le dije:

—Claro, *miss* —guardé mi celular y así poco a poco pasó la clase hasta que acabó, y desesperada prendí mi celular y vi en los mensajes. El primero era de Grettel, el segundo de Luis (uno de mis mejores ciberamigos de las redes sociales) y por último el de Janaan. Con mi dedo puse el de Janaan y leí con mucha atención...

—Pues, simplemente (en mi caso) te casas con alguien mayor contra tu voluntad, sin importar que ya tienes a alguien amado en tu vida, debo de tener un bebé después de un tiempo... mis padres crearon el compromiso a mis trece años y me lo dijeron, pero yo no tomé en cuenta eso, y ahora pues tengo a alguien que me ama y yo lo amo, pero es sólo una ilusión más que pudieron destruirme... —yo solté una pequeña, pero visible lágrima que, como siempre dije, "Una lágrima es un pedazo de tu alma que ha sido desechada por toda la tristeza que guarda el corazón oculto, sin mostrarse por miedo a que se den cuenta de tu debilidad y de la única forma en la que pue-

de fluir es en llanto". Y le escribí:

—¿Y cómo se llama el chico al que amas, Janaan? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—Se llama Fayez... Fayez Donia —ese nombre me hizo sentir aún más triste y empecé a sacar unas cuantas lágrimas más.

—¿Fayez Donia, eh? ¿De casualidad le gusta igual el *anime*? —escribí eso con un nudo en mi garganta y un vacío en el estómago. Esperé su respuesta.

—Sí, ¿cómo sabes? —me calmé por un instante con un solo pensamiento en mi mente: "Hay muchos con ese nombre, puede ser alguien más".

—Pues tal vez no sea quien creo que es, lo puedo estar confundiendo con alguien más. Responde esto, por favor, ¿él es de Estados Unidos, los Ángeles, y su *anime* favorito es Naruto? —pasaron los segundos más largos de mi vida, se me hicieron una eternidad, e impaciente me empecé a tensar más, puse duro mi cuerpo, apreté mi quijada al igual que mi labio, sentía más profundo aquel vacío que se encontraba en mi estómago y también más apretado el nudo que yacía en mi garganta, y por fin llegó la respuesta. Asustada por lo que hubiera contestado, vi temblorosa el teléfono y, sobre todo, su respuesta:

—Sí, ¿lo conoces? —sentí cómo mis lágrimas poco a poco iban brotando, salían y recorrían mis mejillas, se unía el llanto de mis dos ojos en mi barbilla y al final caía. Me recargué en la paleta de mi banca cubriéndome con mis brazos alrededor de mi cabeza y en silencio empecé a llorar.

Fayez Donia... ¡Claro que lo conocía, él es mi *nii-san*

(hermano en japonés)! Él siempre, cuando estaba triste, me consolaba, me daba consejos, me contaba cosas que ni a sus propios padres era capaz de contarles, y yo hacía lo mismo, él siempre me contaba de una chica que su hermosura era más grande que el mar, que en sus ojos claros se podía ver lo dulce buena y magnífica que era, él siempre me decía que simplemente era perfecta. Nunca me cruzó por la mente preguntarle el nombre de esa chica, pero ahora lo sé, su nombre es Janaan. Lo conocí de la misma forma, él me mandó un mensaje y yo se lo contesté y de ahí todo sucedió. Mi amiga Érika me acarició la espalda y me dijo:

—¿Qué te pasa, Fer? —yo, calmándome un poco y tratando de silenciar mi voz llorosa, le contesté con una voz lo más normal que pude:

—Nada, Érika, sólo es que no dormí bien en la noche y tengo sueño —esperé su respuesta, quitó su mano de mi espalda y me dijo:

—Ok, en ese acaso te voy a dejar dormir, yo te aviso cuando llegue la de mate —escondiendo mi voz otra vez, le contesté:

—Gracias, Érika —metí una mano al pequeño espacio en donde estaba mi cara y limpié mis lágrimas, me controlé, levanté mi cabeza y le contesté a Janaan.

—Je je je je, sí, sí lo conozco, algún día pregúntale de mí y verás que somos grandes amigos, pero me tengo que ir, que estoy en clases, luego hablamos, Janaan —apagué mi celular y lo metí a la bolsita de *anime* que siempre cargo, en la cual porto dinero, comida, un brillo labial y

mi celular, y en la correa para colgarse tiene seis pins de mis personajes favoritos de *anime*.

Pasó el tiempo, estuve junto a mis amigas, tomé clases, y al final me fui con mi primo Johan y mi amiga Brisa (una de las mejores personas del mundo). Me fui a mi casa, comí, fui a hacer ejercicio, llegué, comí, leí y al final me lavé los dientes y me acosté. Me sentía tan triste por dentro ya que ellos dos eran mis amigos, ellos se amaban y ella en un mes se casaría con alguien que no quería.

Tendrá que casar con alguien mayor que ella, pero Janaan ya está enamorada, tiene a alguien con quien quiere pasar toda la vida y él también quiere estar con ella siempre, según mi *nii-san* llevaban un año juntos. Y yo llevaba dos años siendo amiga de Fayez y así se volvió mi hermano, sólo dos días con Janaan, pero con eso me bastó para encariñarme con ella. Pensando en lo que sucedía y lo que se había unido ahora a mi vida, fui cerrando poco a poco a poco los ojos hasta quedar completamente dormida.

Las dos éramos de diferentes países, de diferente religión, pero, sin embargo, en el transcurso de los días nos volvimos amigas ya que teníamos los mismos pensamientos y gustos. A ella de alguna forma no le gustaba taparse completamente, le gusta expresarse y más cosas que no son usuales en su país, le gustaba mucho la poesía, era casi como mi reflejo. Yo un día le conté la tradición de los quince años de aquí en México, y ella se asombró mucho, decía que eso era una celebración muy especial y bonita desde su punto de vista, y me hacía sentir mal que

yo tuviera la oportunidad de tener esa fiesta que Janaan tanto deseaba y yo no la estuviera aprovechando. Y tomé la decisión de decirle a mi mamá que sí quería una fiesta de quince años, pero que no usaría un vestido enorme, solamente un kimono (un vestido muy tradicional de Japón). Mi mamá se alegró demasiado y estuvo de acuerdo. Pasó el tiempo y sólo faltaba una semana, un día para el cumpleaños de Janaan.

Fayez una tarde me envió un mensaje diciendo que Janaan le había dicho de mí, y se alegraba mucho de que se hubiera vuelto mi amiga, me comentó lo de la boda, y pues yo lo consolé e hice todo lo posible por tratar de que no se deprimiera.

En esos días las cosas se pusieron un tanto tensas entre ellos dos, pero seguían juntos. En la noche Janaan me pidió mi código postal, dirección completa, estado, delegación, y yo se lo di. No sé por qué me lo pidió, pero lo necesitaba según ella urgentemente, y yo no discutí y se lo dí.

Pasaron los días poco a poco y esperaba con angustia y miedo la boda de Janaan, tenía tantas dudas que nunca me atreví a preguntar, como "¿Qué edad tiene la persona con la que te casarás, Janaan?", "¿qué vas a hacer, Fayez, cuando Janaan se haya casado?". Jamás les preguntaría eso a mis amigos.

Y justo el "gran día de la boda" (en sábado) nadie se conectó, ni Fayez o mucho menos Janaan. Yo estaba tan tensa que estuve seria a todas horas y no me concentraba en nada. En la noche no pude conciliar el sueño. Me

acuesto las 9:35, siempre me duermo a las 10:00 p. m., pero me dormí como a la 1:00 a. m. de tan preocupada que estaba. Qué tal si Fayez aparecía y el tipo con el que se casaría Janaan le hacía algo, qué tal si Janaan le decía que no al señor y por tradición la asesinaba a pedradas, como casi siempre lo hacen. Estaba tan preocupada que a cada segundo veía mi celular esperando que Janaan o Fayez me enviaran un mensaje diciendo “Todo salió bien”. Esa fue también una de las razones por las cuales no dormí bien. Soñé... que estaba en la boda de Janaan, era un patio muy grande yo estaba sentada en una de las bancas en donde estaban los invitados, Janaan tenía el mismo vestido que en el sueño anterior, pero Fayez aparecía e interrumpía la boda, había tanta seguridad que alguien le daba un disparo a Fayez. Yo corría, me deslizaba y ponía su cabeza en mis piernas, puse la mano en la herida que tenía en su pecho, empezaba a llorar, y volteé a ver a Janaan. La persona con la que se iba a casar estaba borrosa, no la distinguía, pero tomaba de la mano a Janaan, ella le jaló la mano para que la soltara y lo logró, corrió hacia Fayez, me miró igual llorando desesperadamente, como yo, tomó una de las manos de Fayez y empezaron a hablarse. Atrás de Janaan vi cómo un señor le daba órdenes a la seguridad y apuntó a Janaan. Yo le dije a Janaan que sostuviera a Fayez y lo hizo, uno de los de seguridad apuntó a Janaan, el señor que dio la orden tenía la mano arriba, yo corrí y antes de que bajara el brazo me puse enfrente de Janaan, y en el momento que dio la orden de disparar, la balas me dieron a mí. Caí al

suelo y empecé a gritar: —¡Ya váyanse de aquí! —seguía gritando eso mientras me retorció—. Entonces mi mamá me despertó, estaba sudando y me toqué el estómago, asegurándome de que estuviera bien, suspiré de alivio y mi mamá me dijo:

—¿Qué te pasa? —yo la vi y le contesté:

—Nada, una pesadilla, ve a descansar, perdón por despertarte —me volví a acostar y me dormí.

Al día siguiente desperté y revisé mi celular... nada.... Ni un solo mensaje. Desanimada me levanté, hice lo que acostumbro, acomodar la casa. En la noche mi papá se puso a ver las noticias, yo lavé los trastes y sólo escuchaba los acontecimientos.

—Mientras, en Siria... —dijo muchas cosas, pero entonces escuché—: La boda de una jovencita de quince años fue interrumpida por varios rebeldes, entre ellos su novio, que no estaba de acuerdo en que su novia se casara con alguien no deseado —con un vaso de vidrio en la mano volteé y seguí escuchando.

—Hasta ahora no se sabe cuál es la ubicación de la novia ni mucho menos la del muchacho, los padres de la jovencita y el chico están muy preocupados, sus nombres son Janaan Jasmhat y Fayez Donia —en ese momento solté el vaso de vidrio, escuché que se quebró y sentí los vidrios que caían en mis pies desnudos, empecé a llorar.

Pisé los vidrios, pero sólo me enfoqué en correr hacia la azotea sin nada que cubriera mis pies. Subí al techo de la casa y vi la luna, pensé en tantas cosas, en la luna, vi las caras de Janaan y Fayez, y no soporté más. Sin darme

cuenta mordí mi labio inferior tanto que sangró, apreté tanto mi quijada que me mareé y al final grité muy fuerte y lloré hasta el cansancio. Me acosté en el frío suelo de la azotea, estaba en *shock*, sentí mucho dolor en los pies, me senté y los vi, tenía unos pequeños fragmentos de vidrio enterrados, mis pies sangraban, me quité los fragmentos, me limpié y con cuidado me bajé de puntitas ya que estaba herida. Me metí a mi cuarto por la ventana (que está a lado de las escaleras para subir al techo), rápido cerré todas mi ventanas con seguro, al igual que mi puerta, me acosté en mi cama, en ella estaba mi celular, lo tomé y chequé los mensajes. Nada...

El dolor que sentía en mis pies no era nada comparado con el que sentía en mi corazón, una tristeza inmensa, inimaginable, horrenda, aborrecía esa sensación, pero ya había soportado mucho ya que esa noche aprendía algo: no lloro porque soy débil, sino porque he sufrido mucho y me he aguantado, pero por fin fluí mi tristeza.

Mis padres tocaron la puerta como desesperados. Cuando ya me sentía muy mal por las heridas, me levanté de puntitas y les abrí, les conté todo mientras me curaban mis pies. De alguna forma lo comprendieron y me dejaron ir a mi cuarto y me dormí. El lunes no fui a la escuela. Seis meses después me pasó algo que me hizo tan pero tan feliz: mis padres ya se habían ido a trabajar, yo desayuné y mientras lo hacía tocaron la puerta, fui a ver con la dificultad de casi no poder caminar, abrí la puerta, era un paquete para mí. Me pidieron llenar una forma y lo hice, me entregaron una clase de cuaderno envuelto en

un papel dorado que tenía muchos sellos, di las gracias y cerré la puerta. Me fui de vuelta al comedor, lo desenvolví con cuidado y era un cuaderno de color negro que tenía grabado “algo” con letras doradas: جاناان. Esos jeroglíficos los reconocería en cualquier parte, decían “Janaan”.

Me metí otra vez al traductor... era el diario... de Janaan. Contaba toda su vida, ella era feliz, contaba todo, y lo que más me conmovió fue la parte en la que relataba cómo fue que me conoció y a Fayez. Al final estaba escrito: “Si pudiéramos volar, Fayez y yo nos iríamos a darte las gracias por ser la persona que más nos conocía y comprendió como nadie lo hacía. Gracias, Fernanda”.

Ahora yo sé que Janaan y Fallez eran felices, a ellos no les importaba vivir en Siria. Los primeros años la familia de Janaan logró refugiarse demasiado bien, el hermano mayor de Janaan la quería tanto que en uno de los tantos atentados que hubo dio la vida por ella, mientras se ponían a salvo. Janaan sufrió mucho por esa situación, soldados fueron por su madre y nunca supieron más de ella. Tres meses después, un soldado con casco azul con un símbolo de la ONU tocó a su puerta y a su lado estaba su madre. Ella se puso muy feliz y notó que el soldado llevaba de la mano a un niño de su edad, de ojos tan azules que se podía ver su alma llena de bondad, tez tan pálida como la nieve que nunca había visto en persona, cabello tan negro que parecía una hermosa noche llena de estrellas por el resplandor del sol que caía sobre él. Ella nunca imaginó que el cuartel del padre de aquel niño se quedaría ahí. Y así fue como poco a poco los gustos y la manera de pen-

sar de los dos se unieron y coincidieron a la perfección, no sólo la belleza de ambos fue lo que comenzó aquel amor inseparable, también, sobre todo, sus pensamientos, tan buenos, tan tiernos, tan especiales, de esos que están contra la violencia, esos deseos incontrolables de ayudar, salvar, ser diferente, no en cuestión social, más bien psicológica, la lectura, el entretenimiento y el sentimiento de esperanza y fortaleza que yacía en ambos. Eso más que todo fue lo que los hizo uno, y también por esos mismos sentimientos y pensamientos fue que yo me uní igual a ellos en su vida. Faye fue con su padre, no por obligación, sino porque quería hacer algo bueno en el mundo, como él.

Éramos los tres de diferentes países, de diferente religión, color de piel, de ojos y de cabello, pequeñas diferencias marcan grandes verdades, pero los pensamientos coinciden y forman enormes amistades que pueden durar toda la vida... Yo nunca los olvidaré ya que, al menos para mí, la única manera de asesinar es olvidar a personas especiales. Yo siempre supe que en la vida nada es fácil, pero tampoco imposible, tan sólo es difícil. El *anime* me ha enseñado a nunca rendirme ante cualquier obstáculo que se encuentre dentro de mi vida, ya que cada vez que me caiga me levantaré sin retroceder, lucharé por lo que quiero y amo hasta alcanzarlo y, sobre todo, jamás olvidaré a las personas que me enseñaron grandes cosas y serán para siempre especiales en mi vida y estarán presentes en mi corazón. Cada paso que dé hacia el triunfo, también soltaré una mirada para el pasado recordando

que todo fue gracias a esas personas que me dieron apoyo incondicional, también a los obstáculos que me hicieron más fuerte, con cada tropiezo y golpe que me daba con ellos. Janaan me hizo sentir feliz y mucho dolor, ¿ella se habrá quedado en la llamas? No lo sé, pero sí que yo salí perjudicada ya que estuve muy triste. Por las noches siempre revisaba el chat de Fayeze y el de Janaan, pero ni una sola señal se ellos.

Amistad, muchos dicen que esa palabra está llena de esperanzas vacías, que esa palabra al final te hace sentir dolor. Y es cierto, sientes dolor, ya sea porque te dejaron, te olvidaron, te usaron o te peleaste con ellos. Eso me pasó a mí en un pequeño fragmento de mi vida, y ahora agregó que ya no sé qué les pasó a mis grandes amigos. Pero una noche a las 3:00 a. m. en sábado sentí vibrar dos veces debajo de mi almohada mi celular, me desperté, tomé mis lentes, lo prendí, vi y tenía dos invitaciones de amistad y dos mensajes.

Obviamente reconocía esos dos jeroglíficos en cualquier lugar: لشفات و نانج. Y había aprendido también algunas palabras, y una de ellas era ésta, que venía en los dos mensajes: قديج ةلا ح ي ف ن ح ن.

Las solicitudes decían “Janaan Donia” y “Fayeze Donia” y los mensajes eran: “Estamos bien, en España”.



Los sueños empiezan ahora

Carla Angélica Valencia Mota
Segunda categoría • Segundo lugar



Azul se vistió con el uniforme, lista para ir a la escuela. Llegando a la secundaria saludó a su novio y a sus amigas. Diana, Miranda y Azul se conocían desde muy pequeñas. Jorge era un chico guapo con una cierta afición a la música retro, como The Beatles y el *rock and roll*.

—¿Qué quieres para tu cumpleaños? —preguntó Jorge, después de darle un beso a Azul.

—Te lo pediré a su debido tiempo —dijo Azul con una sonrisa traviesa.

Jorge la besó en la mejilla y se alejó con sus amigos.

—¿Qué le vas a pedir? —preguntó curiosa Miranda.

—Es mi secreto —susurró Azul.

Entraron a clases. La maestra Lilia impartía su clase de español de manera movida o espontánea. Dos minutos antes del toque, informó:

—Quiero para la siguiente clase una redacción. Título: “¿Qué pasa cuando cumples 15 años?”. Muchos están próximos a cumplirlos o ya los cumplieron. Veamos qué opinan al respecto.

Sonó la campana y salió lista para la siguiente clase. Jorge se acercó a su novia y la abrazó por detrás.

—¿Cuál es el regalo?

—Todavía no llega el tiempo.

Le dio otro beso y se fue.

—Me encanta ese chico —dijo Azul.

—Es buen chico —exclamó Diana.

La forma en que Azul lo quería tenía una descripción un poco compleja. Azul había nacido en una casa con violencia. A los seis años su padre, que las golpeaba a ella y a su madre, murió de cirrosis. Su madre tuvo que empezar a ver por su seguridad y la de su hija de un día para otro.

Se empleó primero en una farmacia. Apenas unos meses después de empezar a trabajar, el dueño la citó para hablar de un ascenso. En cuanto llegó a la oficina, su jefe cerró la puerta con llave. Empezó a hacerle propuestas indecentes. Su madre, como un cervatillo inofensivo, se quedó paralizada, demasiado espantada por el trauma que había sufrido en su matrimonio. Cuando logró salir, no sin antes recibir una amenaza de parte de su patrón, se dirigió a la delegación con un terrible miedo a poner una denuncia en contra del dueño de la farmacia. Aplicaron el castigo pertinente y luego se fue junto con Azul a otra zona. Deseaba un comenzar en otro lugar. Con un terror enfermizo a los hombres, se integró en la plantilla de una asociación de ayuda a mujeres que viven violencia, como secretaria. El pánico que desarrolló, lo impregnó en su hija. Azul había aceptado a Jorge porque le influía seguridad y protección, más como una figura paterna. Azul empezaba a sufrir cambios en su pensamiento por todo lo vivido y Jorge ayudaba a concretizar esas ideas, totalmente ajenas. También lo amaba por su forma de ser, siempre luchadora contra injusticias que se llegaban a desarrollar dentro del plantel escolar. Participaba

en asambleas e intentaba despertar la conciencia de los demás para promocionar la igualdad y la tolerancia, y ejercer su libertad siempre respetando las diferencias de los demás. Era un pensador que promovía la paz. También había influido esto en las ideas de Azul.

Las distintas clases ocurrieron a una rápida velocidad. Saliendo de clase, Jorge acompañó a Azul a su casa.

—¿Puedo pasar? —preguntó Jorge.

—No —negó Azul.

—¿Está tu mamá?

—Sí.

—¿Aún no le dices?

Azul lo miró y agachó la cabeza.

—¿Por qué? —susurró cariñosamente.

—Ya sabes su pasado. Tengo miedo de no poder estar contigo.

Con la mano, Jorge levantó su barbilla.

—Princesa, dile para que sepa que tú eres especial para mí. Para que nos deje salir. He estado ahorrando para llevarte al cine. Y no se te olvide que ante todo hay que ser honestos.

Azul asintió y le dio un tierno beso antes de entrar a su casa. Su madre estaba demasiado apurada.

—Mamá, ¿puedo hablar contigo?

—Claro —dijo, pero sin dejar de moverse por la casa.

—Estoy enamorada.

—¿Ah sí? —contestó deteniéndose en seco

—Sí, y además... es... es mi novio —tartamudeó Azul.

—Ven, Azul —exclamó invitándola a sentarse en una de las modestas sillas de su cocina.

Azul se acercó temblando. Escuchaba el palpitar de su corazón.

—¿Cómo te trata?

—Muy bien. Nunca me falta al respeto.

—Azul, si te llega a hacer algo no dudes en decirme. Tienes derecho de equivocarte e intentar las cosas una y otra vez. Dejaré que tengas novio, no sin antes recalcarte que me da miedo, pero confío en ti. ¿Me contarás si te hace algo?

—Sí.

Sonrió.

—¿Cuándo me lo presentas?

—Mañana.

—Por cierto, ¿qué quieres para tu cumpleaños?

—Nada, sólo que estés aquí.

—Estaré aquí.

Al día siguiente, se levantó temprano, lista para celebrar su quinceavo cumpleaños. La vida había puesto las piezas de tal manera que, al parecer, después de tanto tiempo de sufrimiento, al fin les sonreía y Azul sonreía con ella. En su mochila, guardó un radio portátil que su mamá le había regalado dos años antes.

—¡Feliz cumpleaños! —le dijeron sus dos amigas en cuanto entró.

Le taparon la vista dos manos fuertes y cálidas.

—Jorge.

—No abras los ojos. Tengo una sorpresa.

—Pero yo te iba a decir.

—Entonces serán dos regalos.

Le retiró las manos y Azul cerró los ojos completamente. Jorge le tomó una foto y luego le dio una cajita.

—No es mucho, pero quiero llevarte al cine —dijo, mientras Azul abría los ojos.

Con cuidado desplazó la tapa de la cajita hasta que dejó al descubierto su contenido.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Son preciosos!

Reposando en una pelusilla, estaban dos aretes con figura de oso color azul. Azul le dio la caja a Diana y abrazó a Jorge y se sumergió en un apasionado beso.

—¿Ese era el regalo que querías? —preguntó Jorge.

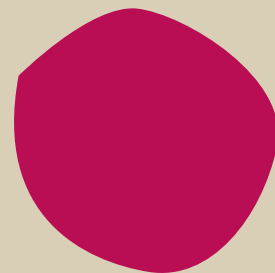
—No.

—¿Cuándo me dirás?

—Al rato. Pero creo que serán cuatro regalos.

—Para ti mucho no es suficiente —dijo al tiempo que Azul sonreía.

Las clases pasaron, hasta la hora del receso. En cuanto el timbre sonó, Azul tomó su radio y a su novio y se fue a una esquina del patio.



—A ver si como hablas, bailas –le dijo Azul.

Encendió su radio. La canción de *rock and roll* que más les gustaba sonó por las bocinas.

—¿Estás segura de que es un regalo para ti o es para mí?

—Ambos.

Diana y Miranda llegaron después de un rato. Los dos bailaban animadamente.

—Gracias, ha sido el mejor regalo –exclamó Azul.

—El regalo me lo diste a mí –susurró Jorge.

—Hay otro más. Le dije a mi mamá. Hoy después de clases.

Jorge la miró sonriente y la besó.

—Ustedes también están invitadas –dijo Azul a sus amigas, que observaban la escena.

—Muchas gracias, pero no. No quiero hacer mal tercio –contestó Diana a la invitación dándole un codazo a Miranda.

No. No gracias. Tengo que hacer tarea –y dicho esto desaparecieron alegando que se les había olvidado algo en el salón.

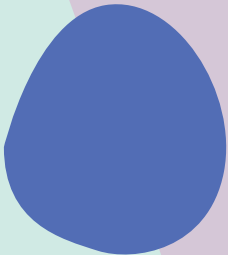
—Te amo –susurró al oído Jorge a Azul.

—Yo más.

Luego dieron el toque. Las últimas horas se fueron como agua en una tarde lluviosa. Salieron tomados de la mano.

—Tranquila.

—¿Qué? –preguntó confundida Azul.



—Te suda la mano. Estás nerviosa.

—¡Oh! Lo siento –contestó y soltó su mano.

—No me molesta. Alivia mis nervios.

Azul sonrió y abrió la puerta de la casa con su llave.

—¡Mamá! –avisó Azul.

Su madre salió de la cocina, limpiándose con un trapo.

—¡Hola! –saludó muy alegre. Azul estaba sorprendida.

—Am... él... él es Jorge, mamá –dijo cuando recuperó el habla.

—Hola, mucho gusto –exclamó su madre y tendió la mano. Jorge la tomó.

—Todo un gusto –contestó Jorge.

Después de comer riendo y bromeando, Jorge y Azul hicieron una presentación de baile.

—Siento que no tengas una fiesta de quince años.

—¿Bromeas? Esto es lo mejor que pudo pasar.

Al partir el pastel y después de pedir un deseo (“que esto no termine”), Jorge preguntó:

—¿Qué se siente cumplir quince años?

Una luz se encendió en el cerebro de Azul.

—¡La redacción!

—No te preocupes. Mañana te ayudo a hacerla.

—Pero... –empezó a decir. Jorge la besó sin miramientos ni pudor, delante de su madre.

—Fingiré que no vi nada.

Azul creyó que era mejor de lo que había imaginado.

Un ruido ensordecedor inundó la habitación, seguido de una canción en la radio. Azul abrió los ojos. La recámara estaba oscura. Miró el reloj: eran las seis de la mañana. Día: 7 de febrero. Día de su decimocuarto cumpleaños. Había soñado lo mejor de toda su vida. Se vistió. Antes de salir de la casa, después de tomar una manzana, se asomó a la recámara de su madre. No estaba. Y probablemente no estaría en todo el día. Dejó una nota: “El próximo año”. De camino a la escuela le golpeó la verdad más fuerte que nunca. Su vida anhelada no existía. Pero decidió que en vez de desmoralizarla, intentaría que el sueño se volviera realidad. Llegó a la escuela. Miranda se acercó.

—¡Feliz cumpleaños!

—Gracias.

—¡Muchas felicidades! —saludó Diana.

Ambas chicas se vieron con desprecio. Estaban enojadas desde unas semanas atrás por un malentendido.

—¿Por qué no hablan? Hablando se entiende la gente —sugirió Azul. Las dos la vieron como si hubiese dicho una fantasía—. Por mi cumpleaños —suplicó Azul—. Las dos son mis amigas.

—Ella fue la que dijo que era grotesca mi forma de vestir...—empezó Diana.

—Tú dijiste que era una buena para nada —contestó Miranda.

—¿Quién les dijo eso?

—Iriana –contestaron ambas.

—¿Y no recuerdan que Iriana siempre anda inventando chismes? Necesita esa atención.

Diana y Miranda se quedaron viendo. Agacharon la cabeza avergonzadas.

—Lo siento.

Luego se abrazaron profundamente. Azul se unió a ellas.

—¿Interrumpo algo? –preguntó Jorge.

Azul soltó a sus amigas y se ruborizó.

—¡Oh! No, no, nada.

—Te... traje esto –dijo Jorge dándole una rosa roja.

—Gracias. Oye, ¿te... puedo pedir otra cosa?

—Sí, claro. Lo que quieras.

—A la hora del recreo te lo digo.

—De acuerdo.

Cuando Jorge se fue, Azul buscó en su mochila el radio y lo atesoró como si fuera un collar de diamantes.

—¿Qué le vas a pedir? –preguntó curiosa Miranda.

Con sus recién conciliadas amigas, Azul entró al salón de clase. La maestra de español ingresó a su salón.

—¿Quién quiere leer la tarea? –preguntó abiertamente.

Nadie contestó.

—Azul, lee tu redacción.

—¿La redacción?

—Sí. “¿Qué pasa cuando cumples quince años?”.

Al parecer eso era lo único que no era fantasía.

—Este... maestra, no la tengo escrita, pero la tengo en mi cabeza.

La maestra, claramente sorprendida, dio permiso.

—Bien, bueno —Azul se puso de pie—. ¿Qué pasa cuando cumples quince años? He soñado con esa edad desde muy pequeña. Una fiesta, un vestido. Pero hoy sé que eso no es realmente lo importante. Es crecer. Correr con las nubes. Intentar volar. Soñar. Es la época en la que podemos soñar sin temor. Es el tiempo de pensar. No somos irracionales como los niños ni doblegados ante la sociedad como los adultos. Me aterra la idea de cumplir quince años, pero no puedo dejar de crecer. Sería antinatural. ¿Qué pasa cuando cumples quince años? Es difícil. Pero no imposible. Es crecer y ser más fuertes. Poder volar con los pies en la tierra. Es crecer pero no hacia arriba ni a los lados. Es pensar todo sin darse cuenta. No tengo quince años. Los cumpliré en un año. Cumplirlos significa que tus sueños están cada vez más próximos. Pero no significa que no empieces a labrarlos desde ahora.

Todos aplaudieron.

A la hora del receso, Azul se fue al rincón de su sueño. Jorge llegó después.

—¿Qué era lo que me ibas a pedir?

—Que bailes conmigo —dijo mientras ponía el *rock and roll*. Jorge sonrió.



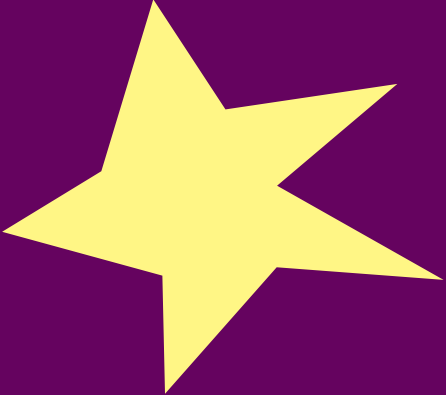
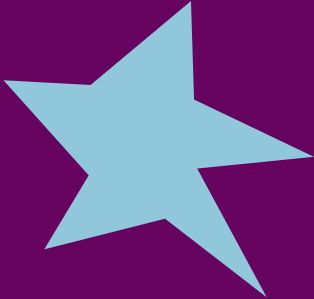
—Esa canción me encanta.

Bailaron. Terminado, Jorge hizo una proposición y Azul contestó.

—¿Quieres ser mi novia?

—Sí.

Azul tenía razón. Los sueños empiezan ahora.



El búnker

Damian Vargas Salazar
Segunda categoría • Tercer lugar



El búnker aún está bien abastecido, pero los purificadores de aire están fallando –dijo Esteban, el ingeniero del fuerte, después de dar un chequeo rápido al estado del búnker al que esa pequeña comunidad llamaba hogar.

—¿Y qué me dices de las patrullas de reconocimiento? –preguntó Darío, el más anciano de todos los habitantes del búnker y al que todos consideraban un líder por sus conocimientos.

—Aún no han encontrado ningún rastro de vida –respondió Esteban, con cierta desilusión.

Regularmente los habitantes del búnker enviaban patrullas de reconocimiento para ver si había algún indicio de vida que pudiera indicar que la Tierra era ya habitable. Hasta ahora nunca habían tenido éxito.

Los efectos de la contaminación en la Tierra habían sido catastróficos. El aire estaba demasiado contaminado como para ser respirable; el suelo, demasiado estéril como para que algo pudiera desarrollarse sobre él.

Las personas que se habían percatado de esto a tiempo optaron por refugiarse; ese era justamente el caso de los habitantes del búnker.

El búnker, gracias a los purificadores de aire que se habían instalado en él y a las provisiones de alimentos y agua que habían sido almacenadas, era habitable.

La población del búnker llevaba ahí por lo menos sesenta años, según contaba Darío, que había estado ahí desde que las personas se refugiaron en él, aunque en ese momento no tenía más de doce años.

Dentro del búnker la vida se desarrolló con cierta normalidad. Darío creció y a la edad de veinticuatro años se casó con Marina, la hija de Francisco, fundador del búnker.

Años después tuvo dos hijos, Matías, el mayor, y Lydia, la hermana menor.

El tiempo siguió pasando y Matías tuvo a su único hijo, Braulio; era el nieto favorito de Darío.

A Braulio lo caracterizaba una curiosidad implacable, siempre quería saber más de cómo era la Tierra antes de que estuviera contaminada.

—Abuelo, ¿por qué estamos encerrados aquí? —preguntó Braulio.

—Es una historia muy larga, sólo te aburriría —respondió Darío.

—No importa, abuelo, yo quiero saber —respondió Braulio con esa curiosidad que lo caracterizaba.

—Bueno, te voy a contar... —dijo Darío—. El mundo no era gris como ahora lo conoces, antes era verde.

—¿Cómo que verde? —preguntó Braulio sorprendido.

—Sí, antes había pájaros volando en el cielo y animales de todos tipos y tamaños caminaban por la tierra y nadaban en el océano, el pasto cubría el suelo como si fuera una alfombra y los árboles crecían altos y frondosos —dijo Darío.

—Eso suena hermoso, pero, ¿qué pasó con todo? —preguntó Braulio intrigado.

—Fue desapareciendo lentamente.

—¿Pero cómo?, las cosas no desaparecen solas ¿o sí? —preguntó Braulio sorprendido.

—No, no lo hacen —respondió Darío.

—Y entonces, ¿qué pasó? —preguntó.

—Bueno, en realidad... —se detuvo un momento— fue nuestra culpa —respondió Darío con cierta pesadumbre.

—¿Qué? —preguntó Braulio, que ahora estaba poniendo toda su atención en la conversación.

—Te explico —dijo Darío—. Como te había dicho antes, el mundo antes era verde, pero esta transformación no fue de un día para otro, sino que fue un cambio lento del cual nosotros, la raza humana, fuimos responsables.

—¿Y cómo fue que pasó? —preguntó Braulio, intrigado y confundido a la vez.

—Había personas que procuraban cuidar al planeta, por supuesto, pero también no había mucho que esas personas hubieran podido contra el daño que causaban las grandes corporaciones al medio ambiente.

—¿Cómo es eso, no me habías dicho que esas corporaciones habían firmado un tratado o algo así?

—Sí, el tratado de Kioto, pero hubo compañías, e incluso países, que se negaron a firmar ese tratado porque afectaba sus intereses, y siguieron haciendo acciones que dañaban al planeta.

—¿Como cuáles? —preguntó Braulio.

—Lanzar contaminantes al agua, talar árboles excesivamente; hasta cosas que parecían tan simples, como sembrar el mismo cultivo varios años en un mismo suelo lo dañaba, pero mucha gente lo notó cuando ya era muy tarde... —respondió Darío.

Braulio quedó en silencio, pensando en lo que su abue-

lo le había dicho y pensando cómo sería el mundo si esas personas hubieran tomado conciencia a tiempo.

—¿Y cómo era antes el suelo sobre el búnker? —preguntó Braulio, ahora con una curiosidad renovada después de lo que le contó su abuelo.

—Déjame recordar... —dijo Darío—. Un bosque, ¡sí, eso era, un bosque!, ya lo recuerdo. Mi papá, tu bisabuelo, me decía que éste era un bosque hermoso, rodeado por montañas y con un lago en el centro, en él podías ver toda clase de animales: pájaros, ardillas e incluso venados.

Todos los años él y su familia venían aquí de día de campo, hacían excursiones por todo el bosque para ver qué animales podían encontrar y fotografiarlos, pescaban truchas en el lago y él me decía que el agua del lago era tan limpia y cristalina que en algunas partes podías ver el fondo.

Pero un año él y su familia llegaron a hacer un día de campo como todos los años. A lo lejos alcanzaron a ver un claro que no estaba ahí antes. Se acercaron más y pudieron notar que un área extensa del bosque había sido talada. También alcanzaron a escuchar el ruido de motosierras. Siguieron avanzando más y descubrieron a un grupo de hombres talando los árboles mientras ponían los troncos en un camión para llevárselos.

Mi papá les preguntó que si no se habían dado cuenta del daño que le estaban haciendo a ese bosque y a los animales que habitaban en él. El jefe de esos hombres le respondió que sólo estaban haciendo su trabajo y que, en realidad, eso hacían para ganarse la vida.



Mi papá se dio cuenta de que al fondo había un remolque y se acercó para ver si alguien podía responder sus dudas. Al entrar, se topó de frente con un hombre sentado en un escritorio y vestido con un traje negro, que estaba hablando por teléfono. El hombre levantó la mirada y dijo:

—¿Qué quieren, qué no ven que estoy ocupado? —dijo el hombre de forma bastante grosera.

—Señor, sólo quería saber si usted está consciente del daño que le están haciendo a este bosque —dijo mi papá, tratando de ocultar el desagrado que inmediatamente sintió por ese sujeto.

—Sabes, en realidad me importa un bledo lo que los *hippies* como tú piensen. Los árboles son sólo eso, árboles, no más que parte del paisaje, y convertirlos en madera para venderlos deja bastante plata, me entiendes ¿no?

—Pero este bosque es una zona protegida, se supone que nadie puede dañarlo.

—Eso piensas tú, hijo, pero no hay nada que no se pueda con dinero. Ahora, sal de aquí y trata tus asuntos en lugar de meterte en los míos —dijo el hombre, dando punto final a la conversación.

Mi papá y su familia salieron de ahí y pensaron que al menos sería una buena idea continuar con la tradición de pescar truchas en el lago, como lo hacían cada año.

Al llegar al lago se fijaron en que se veía un poco sucio, pero aun así pensaron que iban a tener suerte con la pesca.

Pasaron varias horas y no pudieron sacar del lago nada más que basura.

Pensaron que tal vez las truchas estaban en otra parte del lago y descubrieron que ahí había una especie de fábrica que estaba expulsando alguna sustancia por una tubería al lago. Se acercaron más y el olor era inaguantable.

Desde ese día mi papá entendió el daño que le hacíamos al planeta con las acciones dañinas que llevamos a cabo, y trató de convencer a otras personas de que si cuidaban el planeta podían hacer de él un lugar mejor.

Pero pocas personas realizando acciones ecológicas no compensaban al número que realizaban acciones nocivas, y en el año 2020 el aire de la atmósfera fue declarado no apto para la vida humana, por la cantidad de contaminantes que contenía, por la Organización Mundial de la Salud, así que tuvimos que mudarnos a este búnker construido por personas que ya veían venir esta catástrofe.

—Te voy a ser sincero, Braulio, yo nunca pude ver el bosque en sus mejores años, aunque hubiera dado casi cualquier cosa por poder verlo. Ahora lo único que hay es tierra estéril y árboles muertos allá afuera.

—¿Cómo sabes? —preguntó Braulio.

—Cada semana enviamos una patrulla de reconocimiento para investigar cómo está el mundo allá afuera y revisar la calidad del aire y el suelo; en pocas palabras, la habitabilidad de la Tierra. Nunca han encontrado algún indicio de que algo pueda sobrevivir allá afuera, el estado del aire es muy malo, los contaminantes, como el plomo y el dióxido de carbono, rebasan por mucho la cantidad de oxígeno presente en el ambiente, lo mismo pasa con el suelo.

—¿De dónde salieron esos árboles que tú dices?

—Aunque no lo creas, esos árboles enormes empezaron siendo no más que semillas, que después de un tiempo se convirtieron en pequeños brotes, plantas pequeñas y verdes que crecían por muchos años hasta convertirse en enormes árboles que además, y es importante decirlo, aportaban grandes cantidades de oxígeno a la atmósfera y eliminaban el dióxido de carbono. Pero ahora, como ya no hay árboles, el ambiente no ha tenido la posibilidad de descontaminarse en décadas.

—Eso es muy feo, pero ¿y entonces cómo es que hacen los patrullajes si el ambiente está tan contaminado? —preguntó Braulio con cierta curiosidad.

—Tenemos que usar máscaras de gas y trajes protectores sólo para salir. Antes teníamos vehículos que usábamos para abarcar más terreno, pero se descompusieron hace muchísimo tiempo y nadie tenía los conocimientos técnicos para arreglarlos, así que ahora tenemos que salir a pie y no es mucho lo que podemos alejarnos del búnker pues si alguien llegara a perderse es muy poco probable que sobreviviera allá afuera.

—Pero, abuelo, ¿por qué yo nunca he podido ver cómo es el mundo allá afuera?

—Todavía eres muy joven, y además puede ser peligroso, no estás preparado —dijo Darío.

—Por favor, llévame, te prometo que no voy a hacer nada peligroso.

—Está bien, te llevaré, pero no iremos muy lejos y volveremos rápido.

—Está bien —dijo Braulio muy emocionado.

—Te llamo en una hora, ¿sí?

—Sí, ya espero ese momento.

Una hora después Darío llamó a Braulio a su habitación. Salieron a hurtadillas y Braulio siguió a su abuelo hasta una puerta metálica muy grande, la cual siempre se mantenía cerrada.

Darío sacó una llave del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta. Abrió la puerta y pasaron a través de un corredor largo y oscuro.

Luego, Darío le dijo a Braulio que tomara uno de los trajes protectores y que se lo pusiera, luego le dijo que se pusiera una de las máscaras de gas.

Subieron por una escalera a una escotilla y Darío la abrió.

Cuando salieron, Braulio no podía creer lo que veía. Se sentía un calor abrasador, sin embargo, el cielo se veía gris. El paisaje era desolador, había troncos de árboles secos a lo lejos y, cada vez que Braulio caminaba, el suelo crujía a sus pies.

Siguieron caminando y se toparon con una especie de camión, el óxido lo cubría prácticamente en su totalidad.

—¿Abuelo, qué es esto? —preguntó Braulio, que todavía no acababa de procesar lo que sus ojos habían visto al salir del búnker.

—Es uno de los vehículos que utilizábamos para hacer el patrullaje —dijo Darío.

—¿Y por qué no los arreglaron?

—En este entorno y con los recursos y condiciones que



teníamos no era lo más viable arreglarlo. Ahora espera ahí y no te vayas muy lejos, tengo que inspeccionar la calidad del aire –dijo Darío mientras sacaba un aparato de la mochila que llevaba.

Braulio empezó a caminar por los alrededores. Para él era bastante difícil ver y respirar a través de la máscara de gas, pero él sabía que era por su seguridad y que en ninguna otra circunstancia su abuelo lo obligaría a ponérsela.

Por lo que le contaba su abuela, él ya se había dado cuenta de que ése era el bosque de la historia, pero se veía muy diferente a como él lo imaginaba.

Él podía ver que ahí estaban los árboles, o por lo menos lo que quedaba de ellos, nada más que troncos secos que le daban un aspecto bastante tétrico al bosque. Braulio recordó el lago del que su abuelo le había contado y lo quiso buscar.

Estuvo caminando por media hora, sin embargo, él no pudo encontrar nada, así que caminó de vuelta para buscar a su abuelo.

En el camino, le pareció haber visto algo con el rabillo del ojo, algo pequeño y verde que contrastaba bastante con la nada gris en la que se encontraba.

Se acercó a rectificar lo que había visto y apenas pudo creer lo que veía una vez que estuvo lo suficientemente cerca.

—¡Un brote! –exclamó sorprendido por su descubrimiento—. Pero si el abuelo dijo que nada podía crecer en este suelo, lo más seguro es que éste sea, de entre todos los brotes, el más afortunado de todos.

Braulio trató de llamar a su abuelo, pero la máscara de gas no lo dejaba, y él se sentía cada vez más frustrado, así que, contradiciendo las órdenes de su abuelo, se quitó la máscara de gas y gritó lo más fuerte que pudo para que lo escuchara. Inmediatamente después sintió la sensación de ardor en el pecho, trató de cercarse a su abuelo, pero sentía cómo se le iba la fuerza.

Darío, que había alcanzado a escuchar el grito de Braulio, corrió a ayudarlo y, con una fuerza que ni él mismo sabía que tenía, cargó a Braulio y corrió a toda velocidad hasta llegar a la puerta del búnker, y una vez dentro lo llevó inmediatamente con el médico del búnker.

El médico puso a Braulio en una camilla y le dijo a Darío que él no podía pasar.

Darío se volvió a poner el equipo de patrullaje y salió del búnker para aclarar su mente. Todo el ambiente exterior era exactamente igual, los mismos árboles secos, el mismo suelo estéril por el que siempre caminaba, el mismo calor abrasador. Darío conocía cada centímetro en un radio de al menos 500 metros alrededor del búnker y, sin embargo, sentía que algo había cambiado, que no era igual, pero no sabía exactamente qué.

Pasaron las horas y Darío decidió que ya era momento de regresar al búnker.

De camino al búnker, Darío encontró la máscara que Braulio había dejado tirada en el suelo y que a él se le había olvidado recoger. En el momento en el que la recogió, una expresión de sorpresa se ciñó sobre su cara cubierta

por la máscara de gas. Inmediatamente supo la razón por la cual su nieto le estaba gritando.

—¡Esto es increíble! Se supone que nunca iba a haber un brote, las condiciones simplemente no son apropiadas para la vida —dijo Darío, con la misma sorpresa que tuvo Braulio cuando lo descubrió.

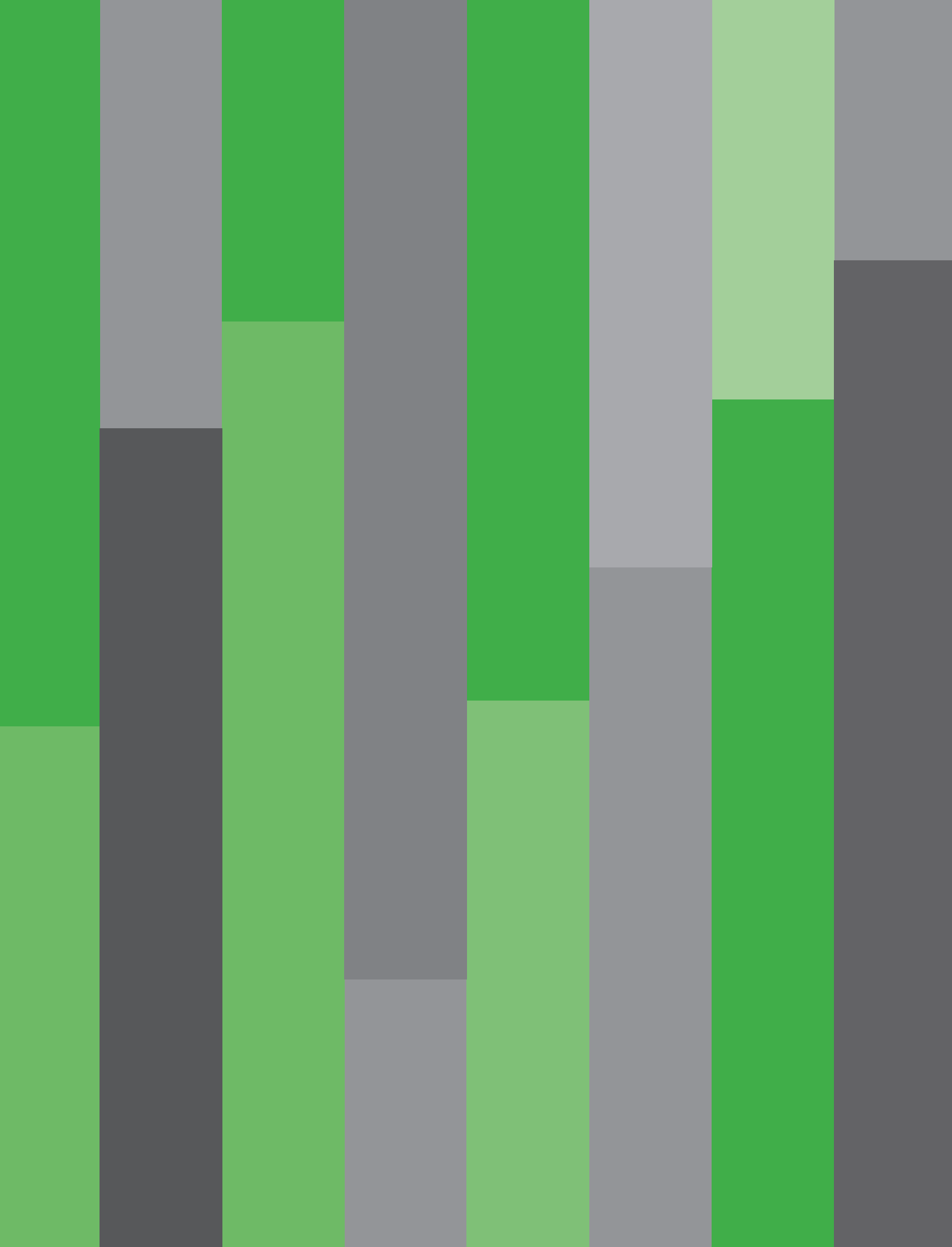
Con muchísimo cuidado, sacó un termo que tenía en su mochila y, sacando el brote con un poco de tierra lo metió en él y lo llevó de regreso al búnker.

Al llegar se encontró con el médico.

—Marcos, ¿está bien mi nieto? —le preguntó.

Aunque las personas que vivían en el búnker consideraban a Darío como una especie de líder por su experiencia y conocimientos, y él lo sabía, prefirió poner el bautizo del jardín a votación, para que las personas que ayudaron a cuidarlo pudieran elegir qué nombre tendría.

Después de las votaciones, el nombre que ganó lo hizo por decisión unánime: Jardín Braulio, en honor del niño que encontró ese primer brote.



Mi ciudad ¿verde o gris?

Edson Altaír Veleros de la Luz
Tercera categoría • Primer lugar



Este cuento no puede empezar simplemente con las palabras "Había una vez" o "Érase una vez", y también "Hace mucho tiempo"; este

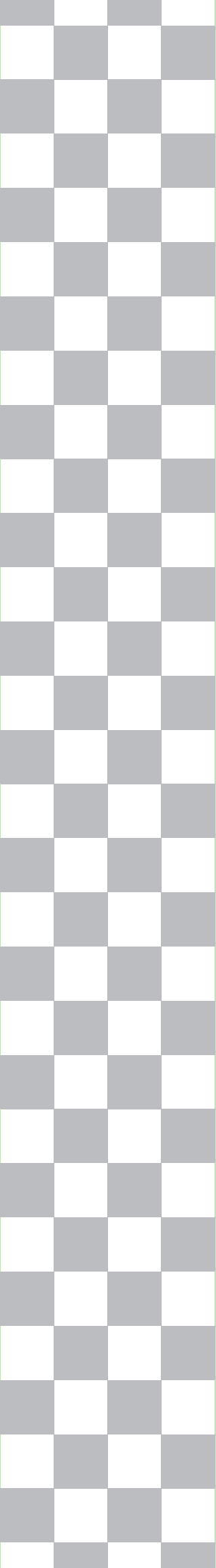
cuento debe abordar tal y como sucedió, pero necesito que lo leas como si lo hubieras vivido tú: yo soy Roberto Gómez, tengo treinta y seis años, nací en 1998 el 19 de agosto, sufro de un transtorno llamado vulgarmente la enfermedad de la bella durmiente, que consta de que me puedo quedar dormido en un periodo indefinido, puede ser de una noche hasta quince años, y lo que les voy a contar es la realidad... Cuando tenía veintiocho años fui a un bar a olvidar la rutina. Al salir del bar me vi en estado de ebriedad, llegué a mi hogar y me acosté. Quién podría decir que un sueño te puede hacer conciencia al despertar (según yo). Salí en busca de mi auto al taller al que lo había llevado. Al llegar me entregaron el auto sin cobrar nada. Me sorprendí y le pregunté: —¿Y cuánto va a ser? —y hasta ahora empecé a sospechar, y al responderme aún más—. El mecánico respondió: —Nada, puesto que sólo lo pinté, le cambié el motor y nuevas balatas, por eso no es nada—. —¿Quééééééééééé? —grité, pero el mecánico me entregó las llaves y se dio vuelta. No lo podía creer, pero, bueno, seguí mi camino rumbo al trabajo con la sospecha al máximo. Al llegar al trabajo las sospechas aumentaron más, puesto que mi jefe me dijo: —Roberto, felicidades, has ascendido de puesto a gerente—. No le respondí, sólo asentí con la cabeza mientras pensaba qué lo había hecho cambiar de parecer, si jamás había ascendido alguien de esa manera. Yo, un humilde conta-

dor, ahora gerente. Sospechoso. Pero mientras yo soñaba, porque sólo era un sueño, afuera casi me despedían y le debía dos mil pesos al mecánico, y eso sin contar las refacciones y mano de obra, porque sólo sabía que cada honorario costaba dos mil. Simplemente estaba soñando lo bueno, pero hasta ahora no he contado por qué logré hacer la conciencia. Pues aún no les diré...

Con las sospechas al cien llegué a la conclusión de que ellos estaban a punto de fallecer y querían hacer una buena obra antes de morir, así que no le di más importancia y seguí mi rutina al igual que todos los días...

Después de seguir mi rutina, año tras año, día tras día, hora tras hora, me di cuenta de que algo raro pasaba. No sé, simplemente sólo me acordaba cuando dormía, pero jamás cuando despertaba, y mi hermoso perro de raza ganadero australiano, de nombre *Huracán*, y su pareja de la misma raza, la *Lluvia*, y cómo podía ser posible que me había olvidado de ellos si son mi única compañía en mi hogar. Era raro que no me hubiera dado cuenta de que los perdí hacía tres años. Después de mi borrachera empecé a poner carteles y a buscar en todas partes, pero un milagro dejó que los volviera a ver de nuevo a los dos, igual que la última vez que me despedí de ellos. Estaban igual de hermosos que la última vez, con sus collares y su pelaje sedoso.

Pasados siete años después de mi borrachera, cosa que jamás volveré a hacer, hoy 19 de junio de 2033, con la contaminación tan alta según el servicio meteorológico, la capa de ozono se empezaba a degradar y ahora los

A decorative vertical strip on the left side of the page, featuring a black and white checkerboard pattern.

hombres empezaban a respirar mas dióxido de carbono, el famosísimo CO₂ que emanan los carros de su escape proveniente del motor. El agua “purificada” según que tomamos no estaba purificada del todo, ya que los ríos, manantiales y el agua en general del mundo estaba contaminada al borde, por culpa nuestra, por nuestra irresponsabilidad al manejar el petróleo y derramarlo en nuestros mares, al lanzar basura a los ríos que visitamos y las fábricas echar sus desechos tóxicos al río y las nubes llevar lluvia ácida y dejarla caer en los manantiales a causa del CO₂ que producen los autos. En resumen, los hombres actuales no luchábamos por sobrevivir más, como según lo decíamos, sino al contrario, todo por esa estúpida competitividad de entrar al mundo material y no al natural, por ser el mejor empresario y no el mejor ambientalista, porque el que cuidaba el ambiente era *hippie* y no podía progresar, porque en este mundo no caben ese tipo de personas, según nosotros, claro. Pero la realidad es que necesitamos más personas de ese tipo, *hippies*, porque si queremos salvar al mundo es ahora. En sí los humanos estábamos construyendo nuestro exterminio en lugar del progreso.

Al menos yo pensaba eso, pero lo que pensé era cierto. El hombre, incluyéndome, destruimos el ambiente y fabricamos nuestro propio veneno y no nos damos cuenta.

Pero qué podría hacer un pobre contador con dos canes para frenar la destrucción de la humanidad. Muy sencillo: NADA, porque quién iba a escuchar a un “Godínez”.

Al terminar de pensar me dirigí a mi trabajo para dar el último día puesto que, como ascendí, me podía jubilar mucho tiempo antes de lo establecido para el gobierno, algo absurdo. Al término del trabajo fui a mi casa en mi auto. Al llegar a su humilde hogar llamé a mis fieles caninos con un chiflido: vui vui vui vui. Salieron a recibirme a toda velocidad lanzándose a mi pecho, lanzando una lengüetada en la mejilla, y yo los recibí con los brazos abiertos diciéndoles: —¿Quiénes son los mejores canes del mundo? Pues ustedes, sí, claro que sí —entré a la sala con los canes siguiéndome por atrás; les dije—: Vamos, que yo invito la cena, chicos, vamos, siéntense en el sillón—. Como buenos perros obedientes se sentaron en el sillón, saqué unas rebanadas de jamón del refrigerador y sus croquetas de la alacena de perros que les hice. Mi amor era tan grande por ellos que lo haría todo para salvarlos.

Al término de la cena me acosté a ver la televisión junto con la *Lluvia* y el *Huracán*. Después de un rato me dormí y curiosamente desperté el día de mi cumpleaños número 35. El 19 de agosto de 2033 desperté a las 5:36 de la madrugada. Salí disparado de la cama hacia la regadera, entré a la ducha como rayo, me bañé rápido puesto que había quedado de hacer una reunión en mi casa para celebrar mi cumpleaños y era a las 8:00 a. m. Sin más ni menos ordené la casa, bañé a mis perros y los sequé y los arreglé, los puse bellos y esperé a que llegaran. Llegaron alrededor de doscientos veinticinco invitados, de ellos más de ciento sesenta y cuatro familiares. Empezamos con un desayuno simple, platicamos, los niños jugaron

videojuegos y nosotros platicamos de política, finanzas, televisión y de futbol. Pasadas de las 3:39 p. m. llegó el pastel. Lo partí, comencé a repartir, comimos y bailamos un buen rato y con la puesta de sol se marcharon los invitados y yo cerré la puerta, limpié mi casa y al finalizar caí rendido. Me duché y me dormí, pero resulta que volví a despertar un año después, sólo un mes antes de mi cumpleaños al despertar. Salí corriendo de mi casa bien vestido y con mis canes de guardaespaldas, fui a casa de mi madre. Al llegar ahí me enteré de que había muerto hacía ya cuatro meses y lo peor de todo es que yo fui el que estuvo con ella en sus últimos minutos, aunque no fue así, yo estuve dormido. Mi corazón estaba agitado por el impacto de la noticia, me dijeron que mi madre se había enfermado de pulmonía que había pescado en la calle por medio de la contaminación. En ese momento volví a recordar lo que había pensado hace un año siete meses: “la realidad es que necesitamos más personas de ese tipo, *hippies*, porque si queremos salvar al mundo es ahora. En sí los humanos estábamos construyendo nuestro exterminio en lugar del progreso”. También otra frase que dije segundos después de haber dicho esta frase: “El hombre, incluyéndome, destruimos el ambiente y fabricamos nuestro propio veneno y no nos damos cuenta”. Lo que había dicho era muy cierto, todo eso era cierto. El humano está a punto de destruirse, las enfermedades estaban en el aire volando libremente por allí, los virus, las bacterias que contenían enfermedades mortales, al grado de que el gobierno pidió a los ciudadanos que, por fa-

vor, usaran un cubrebocas para salir a caminar y que a las mascotas las tuvieran en espacios cerrados, pero amplios. Lo primero que se vio en televisión, Internet y se escuchó por radio fue: “La pesadilla apenas comienza”.

Ante esta situación los ciudadanos reaccionaron violentos en contra de su gobierno, empezaron a hacer huelgas, revueltas y hasta enfrentamientos armados.

Un amigo ocupó el cargo de jefe de gobierno del Distrito Federal y me enteré por la televisión. Le hablé por teléfono y le pedí de favor que me dejara hablar a la nación entera. Mi amigo, frente a la situación que vivía nuestro país, los Estados Unidos Mexicanos, aceptó ya que no podían controlar a la población. Al subir al podio, detenerme frente al atril, les dije, dirigido a toda la humanidad, y me incluyo:

—Queridos hermanos: Sé que estamos bajo una situación grave. Tal vez la contaminación esté al cien, pero no hay que culpar a cualquier gobierno, a cualquier empresa, es nuestra culpa por no cuidar el ambiente, por querer entrar al mundo material y descuidar nuestra naturaleza, por querer ser el mejor empresario y no el mejor ambientalista o, como le dirían ustedes, un *hippie*. Por favor, no podemos seguir así, creemos conciencia, no seamos negligentes, hay que cuidarnos. Eso lo hubiéramos pensado antes, ahora es tarde, muy tarde, nuestro fin está cerca, es inminente, no lo podemos detener. El final está cerca.

Al terminar el discurso me fui con la mirada baja, porque sabía que todo se había acabado para mí y el mundo. Mientras aquí las enfermedades no paraban de brotar, en

China lluvias ácidas azotaban la nación, en Estados Unidos los tornados eran más constantes y más destructivos, y todo por la maldita negligencia que todos tenemos, por decir frases como: “Ah, no pasa nada”, “Hasta no ver, no creer”. No podemos seguir así. El uso del automóvil se erradicó en México, utilizábamos ahora bicicleta o carruajes como los del siglo XVIII y las fábricas se clausuraron. Ahora se sembraba, pero ya era tarde porque el fin del mundo estaba escrito.

Hoy 20 de agosto de 2034, un día después de mi cumpleaños, junto a la *Lluvia* y el *Huracán*, estoy esperando el fin de la vida como la conocemos, en mi casa, jugando con los canes, viéndolos por última vez. Ver a los únicos compañeros de mi vida por nueve años, ahora juntos en el fin. Cómo pudo ser que mi vida haya acabado así. Al menos disfruté de algunos regalos de la vida, como mis canes, el bosque, la playa, los ríos, la vida silvestre, pero hoy es el fin. Hoy en día el mundo, en lugar de verse con porciones verdes, cafés y grandes extensiones de agua, ahora se veía totalmente gris.

La NASA (por sus siglas en inglés: National Aeronautics and Space Administration, en español: la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio) mandó un mensaje que pronosticaba una inminente lluvia ácida que atacaría el mundo entero sin dejar un rincón. Sólo la lluvia duraría aproximadamente nueve horas y empezaría alrededor de las 2:00 p. m. Sería éste el fin.



Llegó la hora esperada, la mayoría de las personas en las plazas públicas esperando la lluvia. Entonces, a las 2:29 p. m. cayó la primera gota de la lluvia ácida y le cayó a un niño en su hombro. Al parecer la contaminación era tan alta que la gota le deshizo más de la mitad del hombro. El niño lanzó un grito que se escuchó a quince cuadras. Esto indicó el comienzo del fin.

Empezó a llover más fuerte, hasta que empezó el aguacerazo ácido. Los edificios empezaron a deshacerse y cayó un gota en mi sala. Se dijo que los que murieran primero serían los más afortunados, porque no verían morir a sus amigos, familiares y a toda la humanidad, y lo peor de todo es que fue cierto lo que dijeron.

Bajé con el *Huracán* corriendo al sótano, pero no me dio tiempo, la lluvia ya lo había deshecho. Miré por última vez al *Huracán* y a la *Lluvia*. Los miré a los ojos, los abracé, dejé que lengüetearan, yo hice lo mismo y les dije: —No pude tener una mejor mascota que ustedes dos. Gracias por todo, chicos—. Me miraron fijamente a los ojos, como si me hubieran entendido y lo hicieron, me gimieron, pero fue un gemido de llanto, me volvieron a lengüetear y corrieron conmigo hacia la lluvia ácida. Nos detuvimos, los abracé y mientras los abrazaba recordé todos los buenos momentos de mi vida con ellos. Los escuché chillar. Lancé un grito de dolor, no porque me estuviera derritiendo, sino porque vi morir a mi mejor compañero y morí...

Hoy en día la humanidad no se preocupa como debería sobre la contaminación del mundo. ¡Señores! Por favor, hay que darnos cuenta de que nosotros mismos nos estamos exterminando, nosotros mismos nos estamos envenenando, estamos creando el fin del mundo, no porque lo hayan predicho los mayas, no porque está escrito en una piedra antigua se va acabar el mundo. Ese día el mundo se va acabar si nosotros seguimos así. No se escribe esto nada más por un punto o un diez en alguna materia. No, no es así. Se escribe para que veamos la importancia de la naturaleza.

Tú, secretario, no compres el auto más caro por presumir, mejor compra el auto más ecológico. Tú, millonario, no te compres la casa más grande sólo por lujo, mejor compra el huerto y el jardín más grande para proteger la naturaleza. Y los demás en general, haz alguna obra para mantener el ambiente, para cuidar las áreas verdes. La contaminación nos está alcanzando, cambia ese mundo gris por un mundo verde y azul.



Mi ciudad, ¿verde o gris?

Tal vez mi ciudad no sea ni verde al cien por ciento ni gris al cien por ciento. Mi ciudad es un 50%-50%. Tiene contaminación media, pero el gobierno ha hecho lo posible para su alcance para salvar las áreas naturales aún vivas en México. Empecemos a cambiar el rumbo del mundo, salvemos la naturaleza para vivir mejor.

Mi ciudad, ¿verde o gris?

Jessica Zuném Acevedo Méndez
Tercera categoría • Segundo lugar



Gris

La paloma voló, subió y desde lo alto del cielo nos observó. Buscó desde arriba un lugar de descanso para después seguir a su destino.

Llegó a la parroquia y se recostó en la campana, cantando "tarará tarará". Era una pequeña parroquia que desde su centro se alza la voz del hombre vestido de blanco. Se siente el viento tan frío como allá, el día es nublado y el sol se oculta tras el cerro de la Estrella, quizá también busca su destino, quizá...

No tienes cómo cubrirtte, pequeña paloma, tus alas blancas son tu abrigo, pero es tan frío el viento que te impide moverte.

Ella no lo entiende, tan sólo ve, siente, oye. Oye a lo lejos a un bebé llorando que por su madre fue abandonado en una esquina cerca del panteón. Una monja se acerca y mira ese pequeño ser, tan sólo lo mira. ¿Acaso la monja no debería ayudar? Pero la paloma no lo entiende, ¿tan sólo la paloma no comprende?

Ya no puedes cubrirtte del viento y el cielo se cae a pedazos. Tienes que cambiar tu lugar. Entonces emprendes vuelo y en el umbral de una tienda te quedas quieta, la encorvada vieja te miró, se hundió en la oscuridad del cuarto y entre plásticos sonidos sacó un poco de pan, el último. En partes pequeñas lo partió y lo lanzó hacia ti, respondiste asustada, mas el hambre devora tu conciencia del peligro. Lo comenzaste a comer. No te diste cuenta, pero es su comida de dos días. Tú no lo sabías, pero

su hija la abandonó. La encorvada vieja en su juventud fue violada y maltratada por su padre. De esa agresión un fruto surgió, huyó del hogar y un chico la encontró.

Le brindó ayuda, le brindó su hogar, a cambio de la belleza de su rostro cerca del umbral. La mujer que ahora dio luz a una nena quedó sola, el hombre huyó con su amante. No quedó nada más que trabajar.

Años después al fruto sorprendió la verdad y la rabia pareció observar. El fruto no quería ser el fruto y del cálido hogar salió. La señora quedó sola y su trabajo no pareció valer. ¿Desde cuándo esperas su retorno, amable mujer? ¿Desde cuándo tu rostro cambió?...

Pero la paloma no comprende porque paloma es, la paloma no lo ve...

Tan tranquila estabas, bella paloma, y el niño corrió tras de ti. Subiste hasta el mostrador y la vieja te sonrió, pero el niño cayó de frente a ti. Detrás del él viene su madre, una robusta mujer de piel morena, saltó sobre él y lo jaló del brazo. Recibido con un golpe le comenzó a gritar. El pequeño gritó, lloró y suplicó que a su padre no avisara, mas no lo escuchó y el llanto quiso parar con otro golpe más.

Paloma sabia, paloma amada, tú no lo sabes y para ti sólo fue un estorbo, sin embargo al llegar a casa la madre mandó llamar al padre del niño y en seguida lo amenazó, palabras a cambio de lágrimas. Fumaba y bebía, no salía del hogar, el trabajo escaseaba, pero no hacía nada para progresar. Su madre, en cambio, trabajaba de mesera en una fonda cercana al hogar, se quejaba del dinero, el es-

posó y la vida, ¿qué caso tiene quejarse si no piensas reaccionar?

Recibiste un puño y otro más por una razón quizá injusta. Eres niño, eres humano y, como todos, te equivocas, debajo de la playera una cicatriz más, hecha por el cigarro recién encendido por tu padre.

Pero la paloma sólo ve, siente y llora... ¿llora? ¡Sí! Lloro porque comprende más que tú, más que la hija, más que la señora, más que la pequeña mente que te agobia haciéndote pensar que los demás son el problema...

Verde

La vieja te recogió y ayudó con tu ala atorada en la rejilla del mostrador. A ella tampoco le pareció que la mujer tratara así al infante. La siguió, la rabia tomó forma de fe para poder algo hacer.

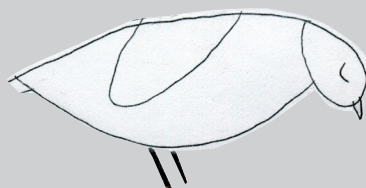
Desde afuera escuchó los gritos del niño y no resistió más. La rabia tomó forma de valor y declaró frente al juez. Les fue arrebatado el niño, el padre a la cárcel fue a parar y la madre sola se quedó. ¿No quieres algo más? No te contentaste, vieja mujer, ¿hiciste algo mal?

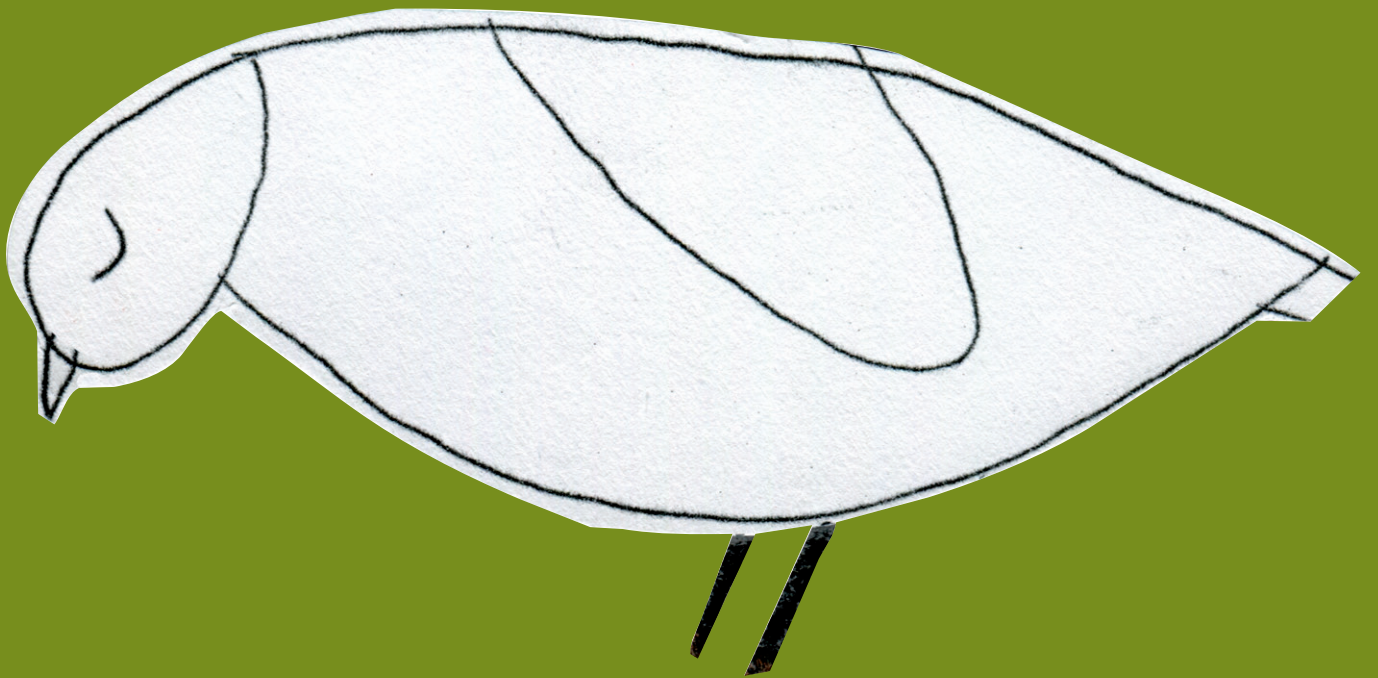
No la dejes sola como a ti te dejaron desde hace tanto, hazle comprender lo buena y fuerte que fuiste. Lamento la huida de tu hija, lamento que no regrese, pero nunca es tarde para otro fruto, nunca es tarde para cambiar. Aún con tu vida, vieja pálida, amaste y odiaste como lo debiste hacer, aún con tu vida te atreves a vivir.

Cerca de la parroquia una chica pasa y se da cuenta del

moribundo bebé. Nadie lo recogió y sólo le acercaron un abrigo. Hace un mes que su madre perdió un bebé, justo la medicina que necesita su vida. Tiernamente lo recoges y buscas su respiración, te apresuras a mantenerlo fuera del frío juntándolo a tu cuerpo, el movimiento provocó que el abrigo cayera y en un momento alguien apareció. Preguntó sobre el bebé y tú preguntaste sobre el abrigo. Nada pertenecía a nadie, pero ambos tenían un interés.

Pequeña paloma, desde tu lugar ves a una pareja caminar entre la acera y la avenida, el frío seguía, pero la lluvia cesó. Como buena paloma, comprendiste lo que ocurrió...





La rosa dorada

Priscila Vianey Ledezma Gallegos
Tercera categoría • Tercer lugar



Hace muchos años, hubo una guerra devastadora que arrasó con más de la mitad de una ciudad, que se encontraba asentada entre los espesos bosques enfermos del sur.

Una lucha imparable entre dos ciudades, que en ese tiempo eran las que tenían más poder y que querían reinar sobre todas las cosas, deseaban saber todos los secretos de la vida, tanto, que les ordenaban a los caballeros que se internaran en los bosques, ya que en ese tiempo se creía que los árboles más viejos tenían los conocimientos, ya no para reinar sobre todo, sino para detener esa destructiva guerra.

Un día por la mañana, se levantó el rey Alfredo exaltado por un sueño, éste le mostró un árbol en específico del bosque, que le daría ese secreto que llevaría a tener la paz que tanto buscaban para detener la guerra y así salvar su ciudad.

Ese día en especial hacía mucho frío y no se alcanzaba a ver nada por la neblina producida por el frío y el bosque húmedo. Aun así, el rey Alfredo salió solo, en busca de aquel árbol que le mostraron en el sueño, con bastantes provisiones para el camino. A tiempo que avanzaban las horas, la neblina se dispersaba, el sol salía, y el rey dibujó una sonrisa en su rostro complacido.

La princesa Lucía, hija del rey Alfredo, era hermosa, con un cabello largo y rizado que le daba hasta la cintura, pero con sus propias ideas, que no dejaba que nadie las cambiara, incluyendo al rey. Ella decía con su voz potente, pero a la vez dulce: —Yo me casaré con aquel caballe-

ro que ame, no importa el aspecto o condición social en que se encuentre.

El rey, fatigado de andar todo el día, no encontró el árbol. Llegó la noche y se dispuso a descansar, prendió una fogata para calentarse, ya que las temperaturas en los bosques bajan tanto que queman la piel.

Volvió el sueño y le indicó que ya estaba cerca, que no desfalleciera. El rey al escuchar esto se despertó y, sin dormir, apagó la fogata, preparó sus cosas y montando su caballo negro se dispuso a partir. El bosque le daría lo que tanto deseaba, la oportunidad de parar esa guerra. Pasaron horas y horas y cuando pensaba detenerse para descansar estuvo frente a aquel árbol tan imponente como ninguno que hubiera visto antes.

El rey cayó de rodillas ante ese árbol magnífico y dijo: —A tus pies, poderoso y sabio árbol, vengo hasta aquí para preguntarte cómo puedo parar esta guerra —el rey sintió mucha paz en ese momento, cerró los ojos y escuchó al árbol.

Éste le dijo: —Mira, esta guerra no sólo les afecta a ustedes, sino a nosotros también y a los dioses, por eso me pidieron que hablara contigo. La solución es que cases a tu hija Lucía con el príncipe Gustavo de la ciudad de Aston. Yo sé que los consideran bárbaros y que no aceptarán tan fácil, pero tienes que intentarlo, sólo así terminará esta guerra.

El rey abrió los ojos y le comentó: —Pero mi hija no va a aceptar a esa petición ya que tiene ideas muy por encima de mí y de la ciudad, sería un sacrificio para ella y la

condenaríamos a sufrir por el resto de su vida, de todos modos no creo que acepte.

El árbol le dijo: —Mira, si ella se sacrifica por su ciudad, por su rey, será más que terminar pacíficamente todo esto que les está pasando.

—Que así sea —dijo el rey y se despidió del árbol. Después, regresó al castillo un poco afligido.

En otro lado, el dios Sol y la diosa Luna se ponían de acuerdo para enviar a una niña que se desarrollara en la tierra para calmar esta guerra que los humanos no podían frenar.

Así que crearon un jardín dorado con puras rosas, y en una de ellas nacería esta niña, que llevaría por nombre la Rosa Dorada.

Con la ayuda de una estrella, le pudieron dar vida a esta pequeña y hermosa niña que, según los dioses, salvaría a estas dos ciudades.

La rosa dorada creció rápidamente y cuidaba mucho el jardín, esperando la encomienda que le ordenaran sus dioses.

Regresó el rey al castillo, salió corriendo su hija a recibirlo. Dijo: —Padre, has vuelto, qué alegría—. Saltó a sus brazos y lo apretó con todas sus fuerzas dejando caer una lágrima por su rostro. Entraron al castillo y la princesa le preguntó: —¿Cómo te fue, padre?—. Y el rey le contestó: —Bien, mi pequeña flor, nada más que vengo angustiado ya que lo que me dijeron es muy penoso para mí el comunicártelo.

—No temas, padre, dime, yo sabré comprenderlo.

—Mira, la solución a este problema que tenemos en la ciudad se resuelve uniéndote en matrimonio con el príncipe Gustavo de la ciudad de Aston. Es el mensaje que me dio ese árbol en el bosque.

La princesa Lucía palideció y con su voz entrecortada dijo: —Pero, padre, yo quiero casarme con alguien que ame porque no quiero vivir triste el resto de mi vida.

—Lo sé —dijo el rey—, por eso buscaremos otra solución.

Hubo un silencio y la princesa Lucía habló ya con su voz normal: —No, padre, si ésta es la solución, salgamos mañana hacia Aston y que los dioses nos acompañen.

Esa noche en la ciudad de Munt hubo una gran fiesta donde por fin todos estaban contentos celebrando ya que el rey les comunicó lo sucedido.

Del otro lado del bosque, en la ciudad de Aston, el rey Carlos, que tenía un temperamento muy fuerte, le dijo a su hijo Gustavo: —Prepara a toda la gente que esté disponible porque en quince días daremos el golpe final sobre la ciudad de Munt, y no les quedará más que rendirse a nuestros pies —riéndose sarcásticamente.

Siendo un nuevo amanecer con provisiones y vestidos apropiadamente para el viaje, emprendieron la partida. Raúl, el brazo derecho del rey, era un caballero muy valiente y aguerrido que no le tenía miedo a nada. Le dice al rey: —Permítame acompañarlos.

Y el rey le contestó: —No, mi fiel Raúl, esto lo tenemos que hacer así, pero vela por nuestra ciudad, si no volvemos, te quedas a cargo de todo y, por favor, no dejes que los de Aston se apoderen de la ciudad.

—Lo prometo, señor, así se hará.

A más de tres días de andar a caballo, por fin llegaban a una línea de defensa que tenía la ciudad de Aston, pero los caballeros al ver que sólo eran el rey y su hija los dejaron pasar, escoltándolos hasta la ciudad donde se encontraban el rey Carlos y su hijo Gustavo.

Cuando llegaron, pidió el rey Alfredo hablar con el rey Carlos y su hijo, éstos aceptaron y salieron a recibirlos. El rey Carlos con una mirada fuerte y una sonrisa dibujada en su rostro le dijo al rey Alfredo: —Ya vienes a entregarme tu ciudad.

—No —contestó el rey Alfredo—, vengo en paz, quiero proponerte que unamos en matrimonio a mi hija, la princesa Lucía, con tu hijo, el príncipe Gustavo. Así la guerra terminaría y por fin nuestras ciudades tendrían paz.

Riéndose el rey Carlos se acercó a la princesa y dijo: —Nosotros no queremos a tu princesa, queremos tu ciudad—. Sacó su espada y sin decir más la clavó en el cuerpo de la princesa Lucía. El rey Alfredo, impactado, la jaló hacia su caballo y salió a toda velocidad sin que nadie pudiera detenerlo. Su hijo Gustavo le propuso a su padre seguirlo ya que con la carga extra era fácil darle alcance y matarlo. El rey Carlos le dijo: —No, deja que se vaya, ya nos veremos las caras nuevamente.

El rey, al ver que no lo seguían, después de unas horas paró y quiso revivir a su hija, pero ya era muy tarde. Se internó en el bosque para buscar aquel árbol que le dio la solución y, al encontrarlo, puso en sus raíces a su hija muerta y dijo: —Aquí traigo la respuesta de mis enemi-

gos, espero que estén complacidos—. No hubo respuesta, pero el árbol enfermó y se secó, enfermando así también a todos los árboles de los bosques del sur.

El rey Alfredo regresó al castillo y Raúl le ayudó a cargar el cuerpo de Lucía, que ya estaba en mal estado. Dice el rey: —Vamos, Raúl, estamos en guerra, que toquen las trompetas y preparen a toda la gente para la batalla.

Los dioses, desde arriba, veían desconsolados los planes fallidos del rey.

Lo que nadie sabía es que la reina murió al dar a luz a un varón, pero éste nació enfermo del corazón y vivía aislado de la gente; de hecho nadie sabía de su existencia.

Al pasar los días y ver que no los atacaban, le pasó por la mente al rey buscar a alguien que le diera su corazón al príncipe y así alentar con una nueva esperanza a la gente de la ciudad, ya que se encontraban en depresión.

El rey habló con Raúl: —Ve y consigue un corazón para el príncipe Eliel. Si yo muero él será la sangre nueva de nuestra ciudad—. Raúl asintió con la cabeza y reunió a toda la ciudad, para ver si con las nuevas noticias sobre el príncipe podía conseguir a una persona que diera su corazón para que no muriera su reinado. Pero todos dieron media vuelta y se alejaron dejando solo al caballero Raúl. Éste, desesperado, quiso ir a preguntarles a los árboles y cabalgó hasta adentrarse en el bosque. Abrió los ojos lo más que pudo por el asombro de aquella imagen que lo paralizó, pues no estaba ningún árbol de pie; todo estaba seco y destruido. Pero la esperanza lo llevó a meterse más en el bosque enfermo y de pronto un brillo llamó su atención,

se acercó y vio ahí a esa hermosa joven que no conocía en ese magnífico jardín dorado entre todo aquello seco, era como un oasis en el desierto. Regresó para contrale al rey todo lo que vio, y el rey sorprendido le dijo: —Tráela, ella es la salvación de este reino, de esta ciudad, su corazón latirá con más fuerza en el pecho de mi hijo—. Salió Raúl a buscarla y cuando llegó ante ella le dijo: —Ven conmigo, salvarás una ciudad y a las generaciones que vienen, hazlo por tu rey por su gente—. Pero la rosa dorada se rehusó y le contestó: —No puedo, porque estoy destinada a otra tarea más importante—. Molesto le contestó Raúl sacando la espada: —Destruiré tu jardín—. Ella gritó: —No, no lo destruyas. Está bien, iré contigo, pero deberás prometerme cuidar de este jardín—. —Prometido —le dijo Raúl, y así regresaron a la ciudad de Munt.

El rey Alfredo tenía todo preparado y en cuanto llegaron comenzaron el cambio de corazón con ayuda de un hechicero, esa noche hubo un eclipse que duró tres días, y el rey comprendió que hizo mal, ya que tomó el corazón de la rosa dorada y ésta provenía de los dioses.

Al otro día el príncipe se levantó como si nunca hubiera estado enfermo, les dijo a todos los que estaban presentes: —Estoy listo para defender nuestra ciudad —salió al balcón y dijo a su gente—: Preparémonos para la batalla—. Y la gente le respondió: —Estamos con usted, príncipe Eliel, y que los dioses nos protejan.

El príncipe Eliel mandó poner una placa en el jardín dorado. Ésta decía: “Aquí yace la joven que dio su corazón para que viviera toda una ciudad”.

Al otro lado del bosque, el rey Carlos preparaba a sus hombres con mejores armas, por eso demoraban en el ataque, ya que no contaban con suficiente acero para fabricar sus armas.

Los dioses Sol y Luna decidieron pedir nuevamente un favor a una estrella nueva para revivir a la rosa dorada. Se les concedió y volvió a nacer en el jardín dorado, pero ya como una joven princesa. La rosa dorada se sintió sola y le comenzó a cantar a otra rosa y así, con su canto, logró darle vida a otra rosa dorada que sería su gemela y su compañera por siempre.

Pasaban los días, pero como no atacaban los de la ciudad de Aston, el rey Alfredo y el príncipe Eliel decidieron atacar ellos primero, y al grito de “¡Vamos, caballeros, al ataque!” comenzaron el avance hacia la batalla, que para ellos también era la final.

Del otro lado del bosque todos los de Aston también comenzaron el avance, cada ciudad con su rey por delante.

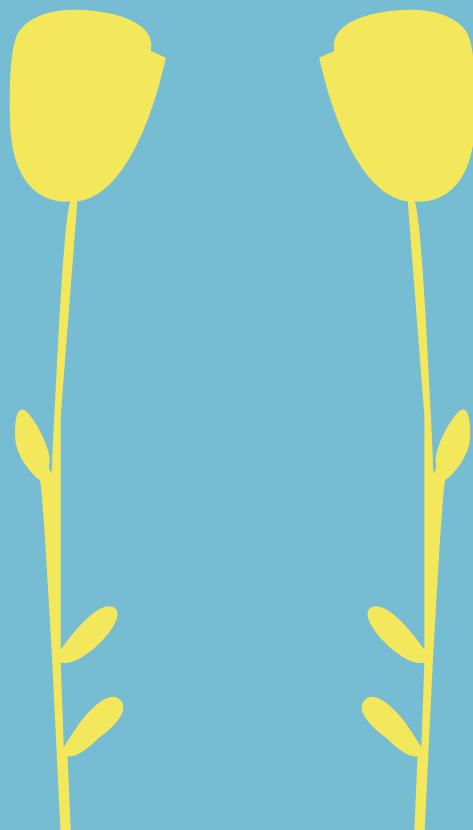
Como el bosque ya estaba seco, a lo lejos se vieron, y con más odio que nunca les pegaban a sus caballos con ganas de que volaran para comenzar la batalla. Se encontraron primero los dos reyes y empezaron a pelear con sus espadas, pero en una vuelta que hicieron los dos enterraron al mismo tiempo sus espadas, cayendo muertos.

Al llegar los demás se detuvieron, viendo a sus reyes muertos. Los dos príncipes se miraron fijamente, comprendieron que en realidad no tenían por qué pelear más, ya que la ambición y el odio ya estaban muertos.

En ese mismo momento voltearon y se quedaron ma-

ravillados por las dos hermosas rosas doradas que salían de aquel jardín maravilloso. Ellas les dijeron: —Hoy es un nuevo día para todos, se unirán en matrimonio con nosotras y así lograremos la paz entre las ciudades—. Ellos aceptaron, se dieron la mano y cada quien regresó a su ciudad, con la promesa de nunca pelear más. Los dioses satisfechos mandaron, con la ayuda de la lluvia, la tierra y de ellos mismos, un bosque nuevo.

Cuenta la historia que cuando pase el tiempo y las dos rosas doradas tengan hijos, éstos serán el símbolo de la paz entre los humanos y los dioses, en los bosques vivos del sur.



Cuentos de jóvenes para jóvenes / Cuentos ganadores del Octavo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 31 de diciembre de 2014 en los talleres de Corporación Mexicana de Impresión, S. A. de C. V., General Victoriano Zepeda 22, col. Observatorio, c. p. 11860, México, D. F. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché brillante de 250 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Geeza Pro, Desyrel y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 8 de abril de 2015.



Instituto Electoral del Distrito Federal